

Aleix Saló

# EURO PESADILLA

ALGUIEN SE HA COMIDO  
A LA CLASE  
MEDIA



Cuando la clase media protagoniza una peli de terror, Europa tiembla. Cuando Europa dirige una peli de terror, la clase media tiembla. ¿Sabemos identificar nuestros miedos más ancestrales? ¿Dónde están los monstruos que quieren chuparnos la sangre? Y lo peor de todo... ¿qué demonios significa ser europeos? Aleix Saló amplía su punto de mira y nos lleva de safari por la Unión Europea, un territorio salvaje e indómito en el que ni Dios sabe por dónde van los tiros.

Título original: *Europesadilla: alguien se ha comido a la clase media*

Aleix Saló, 2013

Ilustraciones: Aleix Saló

Diseño/retoque portada: Aleix Saló

Editor original: Dejavuh (v1.0)

ePub base v2.1

## EUROPESADILLA

Un fantasma recorre Europa.



Es el fantasma de la pobreza, que se ha extendido por el continente pillando por sorpresa a todos. En un tiempo récord los ciudadanos han pasado de la abundancia a la escasez, de las conversaciones sobre deporte a las discusiones sobre economía, déficit y deuda. Las colas, en la calle, ya no son para comprar nada, sino para coger el turno del paro. Y donde antes había sucursales bancarias que inundaban de dinero a todo el que entraba, ahora hay casas de empeño y locales de compraventa de oro.



Europa está convulsa.  
Muchos la hacen responsable  
de la situación y reniegan de ella.



Otros son  
más directos a la  
hora de señalar  
al culpable.





A la mayoría nos resulta complicado entender la situación actual de Europa. De hecho, nos cuesta entender a Europa en sí misma.

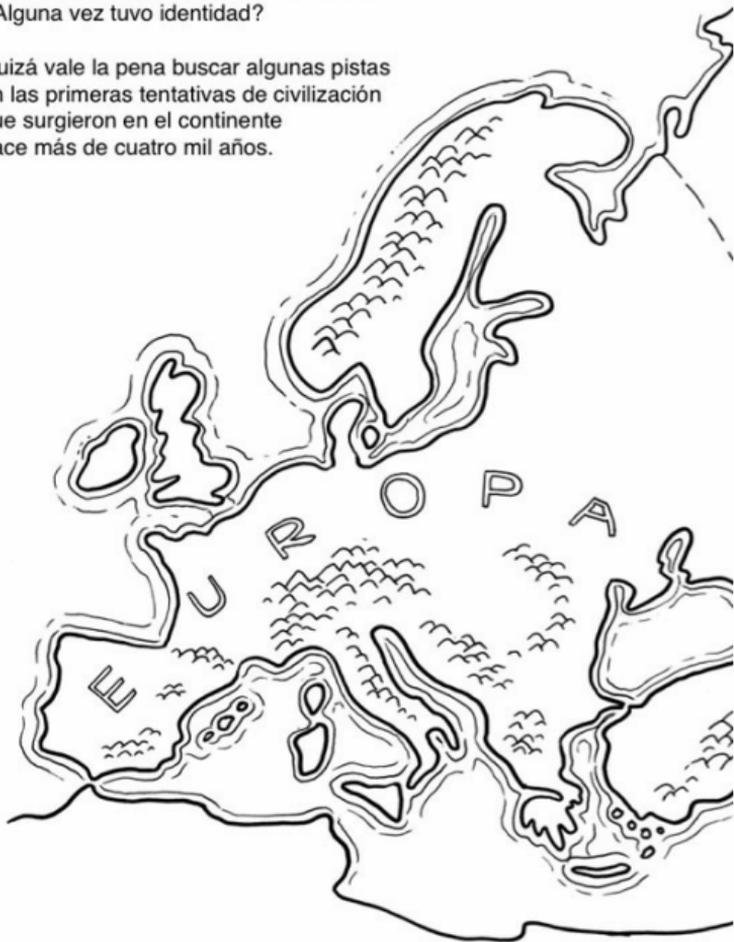
¿Qué es exactamente Europa? ¿Un pastiche de naciones y estados?

¿O existe una esencia europea común?

¿Está sufriendo una crisis de identidad?

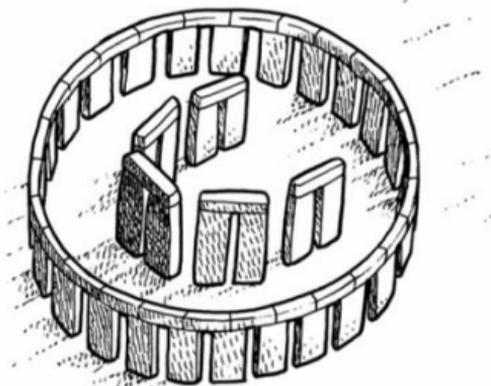
¿Alguna vez tuvo identidad?

Quizá vale la pena buscar algunas pistas en las primeras tentativas de civilización que surgieron en el continente hace más de cuatro mil años.





# Stonehenge

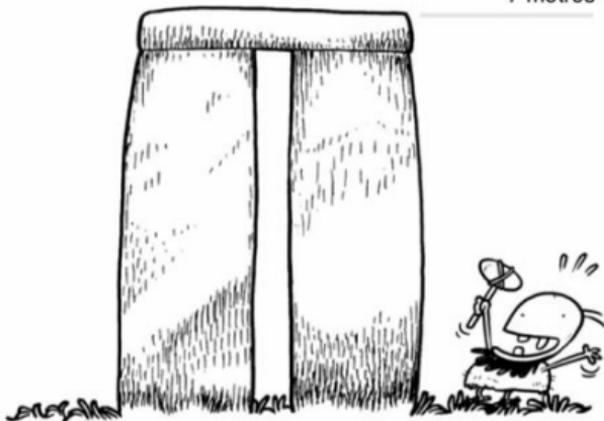


A finales del tercer milenio antes de nuestra era (entre el 2500 y el 2000 a.C.) se levantó en un rincón de la isla de Gran Bretaña un espectacular monumento de rocas megalíticas, conocido hoy como Stonehenge.

Su construcción significó todo un hito en la Edad de Piedra y, aun sin conocer su propósito exacto, nos da una idea de la avanzada capacidad organizativa a la que habían llegado algunas culturas neolíticas europeas.



7 metros



Al fin y al cabo, era necesario un notable dominio de la tecnología para poder extraer, transportar y levantar los grandes bloques de piedra de hasta siete metros de altura y cincuenta toneladas de peso que lo conforman, así como una mano de obra numerosa, organizada y jerarquizada.

Es decir, nada que ver con simiescos y primitivos hombres de las cavernas.

¡EUROPA MARAVILLABA AL MUNDO  
CON ESTE ROTUNDO Y  
GIGANTESCO MONUMENTO  
PARA LA POSTERIDAD!

¡TIEMBLA, MUNDO!  
¡MUAJAJAJAAA!



Bueno, más o menos...

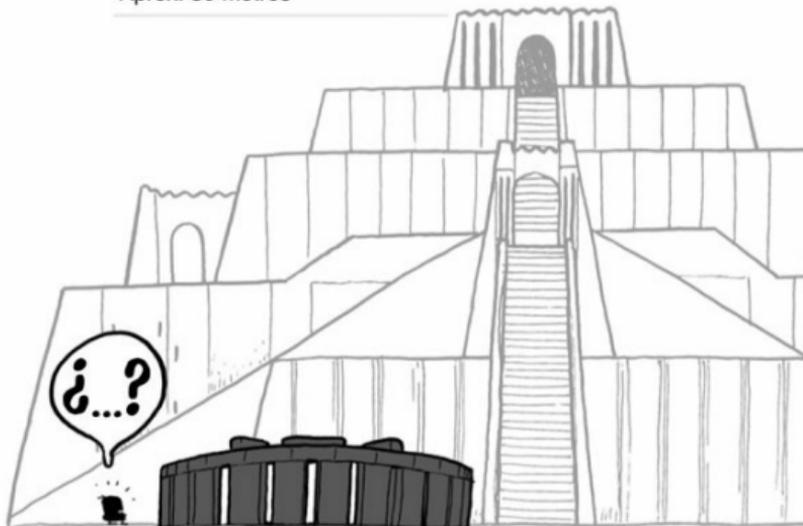




ZIGURAT DE UR  
Mesopotamia, Oriente Medio

Construido por la civilización sumeria  
durante el mismo periodo  
(2500-2000 a.C.)

Aprox. 30 metros





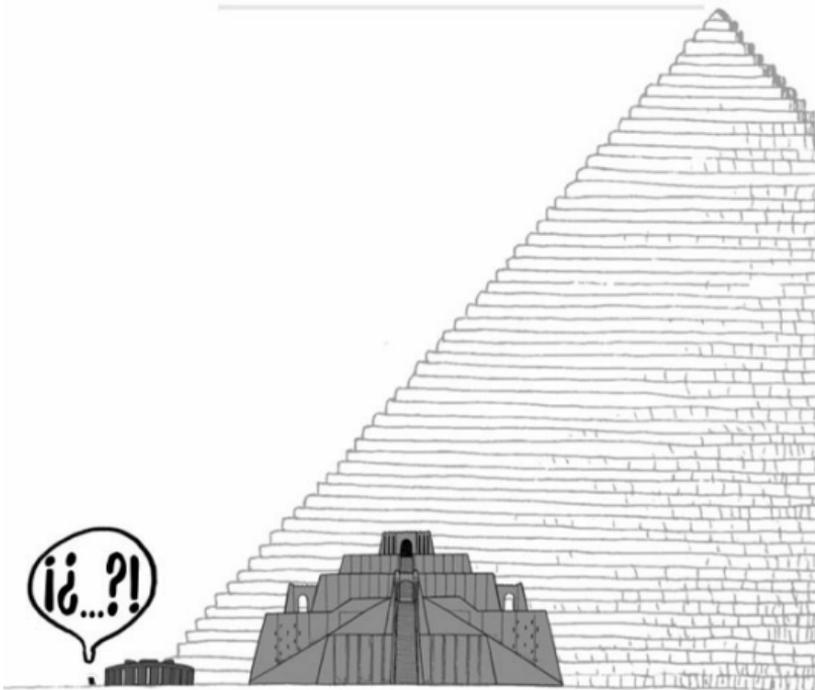


GRAN PIRÁMIDE DE GUIZA  
Valle del Nilo, África

Construida por la civilización  
egipcia alrededor del año 2570 a.C.

Aprox. 146 metros

---





TERCER MILENIO a.C.  
Primer round

ASIA : 1 ÁFRICA : 2 EUROPA : 0



Está bien, está bien... Es cierto...

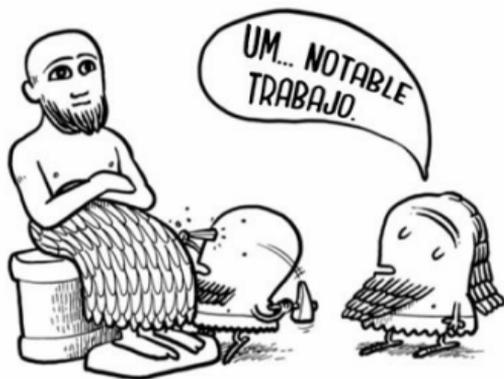
La comparación que acabo de hacer es una aberración.  
No se puede generalizar con continentes enteros ni comparar  
contextos históricos tan distintos bajo el sesgo del siglo XXI.

De hecho, es probable que ahora mismo, en algún lugar del mundo,  
un historiador se esté cortando las venas por mi culpa.

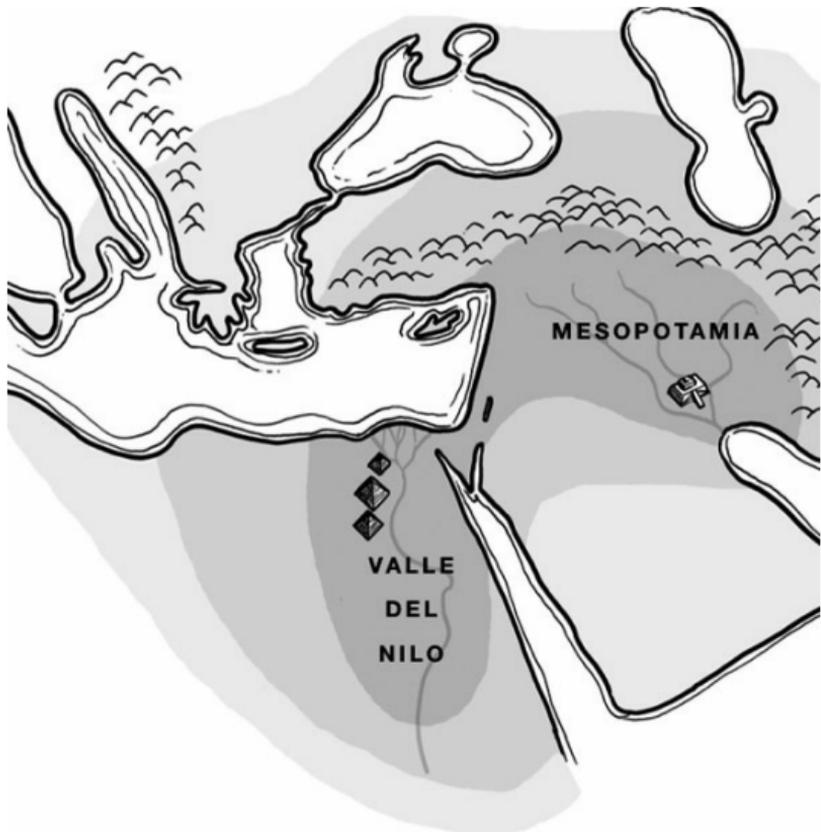
Pero no me negaréis que tiene su guasa  
meterse con la siempre-encantada-de-conocerse Europa.

Sí, existió un largo periodo de tiempo  
en el que Europa fue algo así como el Tercer Mundo  
respecto a las grandes civilizaciones.









Tal disparidad entre culturas se debía a una razón muy simple que, sin embargo, condicionaba todo el resto: la ubicación.

Tras el fin del último período glacial las poblaciones humanas presentes en la zona del Creciente Fértil, un territorio con forma de media luna que se extendía del Valle del Nilo hasta Mesopotamia, fueron bendecidas con las tierras más óptimas para la invención y el desarrollo de la agricultura a gran escala. Vastas llanuras fluviales fertilizadas por el Nilo, en un extremo, y por el Tigris y el Éufrates, en el otro, conformaron un potente epicentro de desarrollo que acabaría haciendo posible el nacimiento de las civilizaciones egipcia y sumeria.

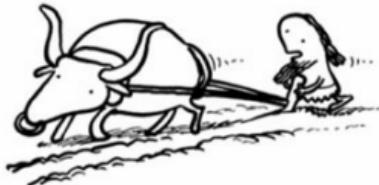




Varias especies vegetales de la zona, además, se revelaron como idóneas para el cultivo (trigo, cebada...). Por si fuera poco, también tuvieron la fortuna de contar con algunas de las especies de animales más aptas del mundo para la domesticación.



Con el excedente de alimentos ya no hizo falta que toda la población se dedicara a la agricultura o la ganadería, lo que permitió la aparición de nuevos trabajos especializados: alfareros, tejedores, carpinteros...



La mejora de las técnicas de cultivo aumentó más y más la producción. La población creció en número y empezó a formar núcleos urbanos cada vez más grandes y densos, con decenas de miles de habitantes, hasta dar lugar a las primeras ciudades del mundo.



Las jerarquías y los estratos sociales se volvieron más complejos y sus gobernantes se hicieron cada vez más poderosos, lo que les permitía emprender campañas militares y planes de desarrollo a una escala nunca vista.



El control de una masa de ciudadanos en aumento obligó a desarrollar mejores técnicas de organización. Nacieron así la administración y los primeros cuerpos de funcionarios, que echaron mano de la recién adoptada escritura para llevar un control estricto de la recaudación de impuestos, censos, inventarios, reservas de alimentos, cabezas de ganado, gastos, pagos...



Se promulgaron leyes y se estipularon penas contra el que las incumpliera. Y, en un empeño por dominar mejor a la población, se unificó el culto en una sola religión oficial, frente a un panteón de deidades nacionales y en una serie de templos centralizados y gestionados por sacerdotes.

La zona fue testigo, incluso, de la aparición de una especie de proto-clase trabajadora al servicio de las grandes obras del faraón, suficientemente numerosa y coordinada como para llevar a cabo las primeras huelgas de la Historia.





¿Qué ocurría en Europa durante todos estos siglos de explosión del desarrollo en el Creciente Fértil?

Poca cosa.

Los glaciares y las tundras, en retroceso tras el fin de la Edad de Hielo, habían dejado paso a bosques densos, sombríos y plagados de predadores. Los europeos sobrevivían como podían en un entorno hostil.



El clima aún era frío y el terreno poco apto para la agricultura intensiva, plagado como estaba de masa forestal imposible de retirar con las toscas herramientas de que disponían. Además habían desaparecido muchos de los grandes herbívoros que formaron la base de su dieta proteica durante la última glaciación. Y las especies animales que aún quedaban eran realmente difíciles de domesticar.





Así las cosas, gran parte de los europeos tenían dificultad para abandonar sus hábitos cazadores recolectores y adoptar la agricultura y la ganadería. Eso les condenaba a continuar vagando en busca de alimento cada vez que se agotaban los recursos de su zona.



Mientras los asentamientos fueran temporales era imposible desarrollar sociedades más complejas y numerosas, con reparto del trabajo, mejora de la tecnología y producción intensiva de alimentos.



Las poblaciones, pues, continuaron viviendo y desplazándose en grupos reducidos durante mucho tiempo. Conformaban tribus y clanes opuestos, en constante disputa por el dominio de un territorio de recursos escasos.



Es común que, al hablar de choque entre civilizaciones muy dispares, se suele recordar a Cristóbal Colón y demás europeos del siglo xv y xvi desembarcando en América y alardeando de tecnología y desarrollo ante los indígenas del nuevo continente.

Pero se tiende a olvidar otro capítulo en el que los europeos jugaron el rol contrario.

Me refiero al momento en que los fenicios, un refinado pueblo también originario del Creciente Fértil, se aventuraron a explorar la costa de Europa para entablar contacto comercial con las belicosas y primitivas tribus que la habitaban, a finales del segundo milenio antes de Cristo (alrededor del 1200 a.C.).







Los fenicios provenían de una estrecha franja de territorio encajada entre la costa este mediterránea y una alta cordillera, tras la cual se situaban unos molestos imperios vecinos que les acosaban constantemente. Con lo cual, cuando su población empezó a crecer, decidieron expandirse por la única salida libre: el mar.

Así fue. Los fenicios desarrollaron la mejor tecnología naval de su época y utilizaron el mar Mediterráneo como su autopista particular para conseguir recursos y fundar colonias. Empezaron por las costas más cercanas, donde a lo largo del segundo milenio a.C. ya habían ido surgiendo otras culturas más desarrolladas gracias a la influyente proximidad del Creciente Fértil. Pero poco a poco se fueron aventurando mucho más al oeste, hacia las costas occidentales de Europa y África, allí donde no existiera el acoso de potencias rivales.





Aunque a menudo sólo se los recuerde como avaros comerciantes que recorrían el mundo comprando y vendiendo artículos exóticos, lo cierto es que la influencia de los fenicios fue de suma importancia para los pueblos con los que contactaron.

Si nos centramos en Europa, los fenicios llegaron a Sicilia, Cerdeña, Ibiza, la península Itálica, la península Ibérica y hasta la lejana isla de Irlanda. Su principal objetivo eran los metales preciosos (estaño, cobre, oro...) y no tardaron en hacer tratos con las tribus que habitaban estas zonas ricas en minerales. Los lugareños se vieron animados a organizar redes de trabajo más complejas para extraer aquellos metales de forma intensiva, ante la creciente demanda exterior.





Este flujo comercial fue enriqueciendo poco a poco a las oligarquías locales que lideraban el trato con los fenicios, quienes les traían suntuosas mercancías llegadas de Oriente: elaboradas piezas de alabastro y marfil de Egipto, cerámica y vidrio fenicio, ánforas del Peloponeso, o perfumes y telas de Arabia.

El intercambio prolongado propició, a la larga, un paso de gigante en el desarrollo de aquellos pueblos europeos, que no sólo refinaron sus gustos sino que acabaron por copiar muchas de las técnicas y hábitos de vida fenicios: el uso de la moneda como recurso de cambio, la escritura alfabética, técnicas de fabricación de vidrio o construcción arquitectónica...

Además, gracias a la introducción por parte de los fenicios de animales de cría y plantas de cultivo procedentes del Creciente Fértil (el cerdo, la gallina, la vid), se aceleró la adopción de la ganadería y la agricultura extensiva.



Pensad, por ejemplo, lo que podía significar para un europeo de entonces cambiar su dieta sustentada en el jabalí autóctono (mediante batidas de caza en las que su propia «cena» podía matarlo a mordiscos) a otra a base de cerdo oriental, mansamente criado en su choza.

Un cambio así diría que conlleva un impacto social tan importante como pasar del carbón a la electricidad.



En resumen, podríamos decir que los fenicios actuaron durante siglos como un agente de contagio, exportando el «estilo de vida» de Oriente Próximo y propagando el desarrollo a través de los mares hasta la recóndita y periférica Europa Occidental, que poco a poco empezó a sentar las bases para el nacimiento de sus primeras grandes civilizaciones a lo largo del primer milenio a.C.

Esa nueva Europa en ciernes era,  
no os quepa duda, hija del Creciente Fértil.





Gracias a la ola de cambios, asimismo, aquellos europeos descubrieron un fenómeno que a menudo acompaña el desarrollo: la desigualdad.

Si bien las antiguas sociedades tribales ya contaban con líderes y estaban más o menos jerarquizadas, lo cierto es que todos sus integrantes vivían en unas condiciones relativamente igual de modestas.



Sin embargo, en algunos casos, la llegada de un mayor desarrollo representó una ligera mejora del nivel de vida para las clases bajas y un espectacular aumento para las clases altas, que vieron cómo su poder, riqueza y propiedades se multiplicaban de manera exponencial.

Se abandonaba, así, una sociedad colaborativa y se empezaban a perfilar, poco a poco, el poder y la servidumbre.





Y es que también eran múltiples los peligros potenciales de la vida sedentaria en poblados agrícolas. La imposibilidad de cambiar de asentamiento mientras crecía la cosecha convertía a los habitantes en blanco fácil para ataques y saqueos a manos de clanes rivales.

Si no querían ver arder en un instante el fruto de meses de trabajo...



... lo más recomendable era someterse a algún cacique militarmente poderoso que les diera protección. Tampoco era raro que fuera el propio cacique el que amenazara con quemar las cosechas si no se sometían o si no le pagaban algún tipo de impuesto.

Poder, servidumbre, impuestos, diezmos y horas de trabajo a cambio de protección... una ola de cambios de lo más molona.



Protección y servidumbre o desprotección sin ataduras.

El eterno dilema humano entre seguridad y libertad.

La libertad, entendida en su sentido más puro, requiere la total ausencia de vínculos, deberes o compromisos con los demás individuos.



Pero condena a enfrentarse en solitario a un mundo duro, imprevisible y agreste.





Por eso el instinto de supervivencia nos aconseja vivir en sociedades que cuenten con mecanismos para socorrer a sus integrantes en caso de ataque, enfermedad, hambre o desamparo.



Pero esta solidaridad acarrea siempre, a cambio, algún tipo de sometimiento ya sea con el pago de tributos, el compromiso de vivir sujeto a normas colectivas o la renuncia a algunas parcelas de libertad individual.



Sea como sea, el devenir de los europeos quedó vinculado, cada vez más, a la tensión entre estos dos factores.





Volviendo al hilo de lo anterior, y por si aún quedaba alguna duda de la profunda huella que dejaron los fenicios en nuestro continente, cabe recordar uno de los relatos que formaron parte de la mitología de la antigua Grecia, la primera gran civilización europea.



Cuenta la leyenda que Zeus, el dios supremo, amo del cielo y el trueno, estaba perdidamente enamorado de una princesa fenicia de noble linaje llamada Europa.



Un buen día, mientras la joven retozaba por las costas de su tierra, Zeus decidió pasar a la acción e ideó un plan para seducirla: aparecer a su lado transformado en un toro blanco (sí, lo sé, no preguntéis).





Por lo visto, la muchacha era un poco pilingui,  
pues tardó nada y menos en saltar con los brazos abiertos  
y apretujarse contra el lomo del bovino, instante que el animal  
aprovechó para emprender la huida mar adentro,  
raptando a la princesa y dejando a la familia  
con el culo torcido.

NOS HA SALIDO UN POCO ZOOFÍLICA  
LA NENA...

EN ESO ES CLAVADITA A TU MADRE.



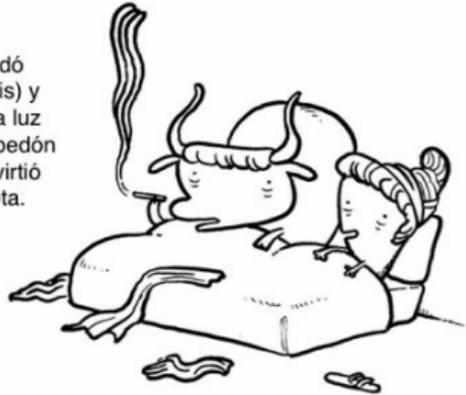
El toro no paró hasta llegar  
a la isla de Creta, cercana a  
Grecia, y una vez allí...



... bueno, pues eso, se la trincó.

No sabemos si la llamó al día siguiente o utilizó el viejo truco de darle un número de teléfono falso.

El caso es que ella se quedó preñada (tampoco preguntéis) y al cabo de unos meses dio a luz a tres hijos: Radamantis, Sarpedón y Minos. Este último se convirtió más tarde en el rey de Creta.



En sucesivas versiones del mito se contaba cómo diversos familiares de la princesa salieron de Fenicia en su búsqueda, dirigiéndose hacia el oeste del Mediterráneo y dando tumbos hasta llegar a unas tierras desconocidas, a las que pondrían el nombre de la muchacha: Europa.



Con este relato, tal como ocurría con muchos mitos, los griegos pretendían dar una explicación para algo que se había perdido en la noche de los tiempos: cuándo y en qué momento sus antepasados empezaron a llamar a las tierras continentales al oeste de Grecia con el nombre de Europa. Un nombre cuyo significado aún hoy desconocemos.



En el siglo V a.C., Heródoto se aventuró a trazar un mapa para describir toda la tierra conocida hasta el momento por los griegos.

Heródoto, considerado por muchos el padre de la geografía y la historiografía antiguas, fue el primero que dividió el mundo en tres grandes masas continentales: Europa, Asia y Libia (la actual África), que se extendían en tres direcciones distintas alrededor de Grecia, en un armónico equilibrio de orden divino.



En sus descripciones salta a la vista cuál era el epicentro geográfico para la mentalidad de la época. Qué era centro y qué era periferia. Y hasta qué punto la cultura griega miraba entonces hacia Oriente Próximo y daba la espalda a la Europa continental.

Para ellos Europa aún era poco más que la extensión de tierra que se extendía hacia poniente, hacia límites remotos vagamente conocidos.





Pero esta situación cambió para siempre con la irrupción del Imperio romano.

A principios del primer milenio de nuestra era, y tras varios siglos de conquistas, los dominios de la ciudad de Roma alcanzaron su máxima extensión. Los romanos habían conseguido levantar un impresionante imperio sobre una sociedad increíblemente avanzada en el ámbito político, social, tecnológico, cultural y militar. Convirtieron su capital en un rotundo centro de poder que irradió su influencia durante siglos y aceleró el desarrollo de gran parte de Europa, que al fin fue abandonando su condición de periferia.

Esa «Europa», sin embargo, estaba lejos de representar una unidad política o social, y el continente no se entendía aún como un concepto territorial único. Roma, de hecho, no se sentía a sí misma núcleo de ningún continente, sino centro de un mar que unía tres continentes: el mar Mediterráneo, que consideraban tan propio que lo bautizaron como Mare Nostrum (mar nuestro).

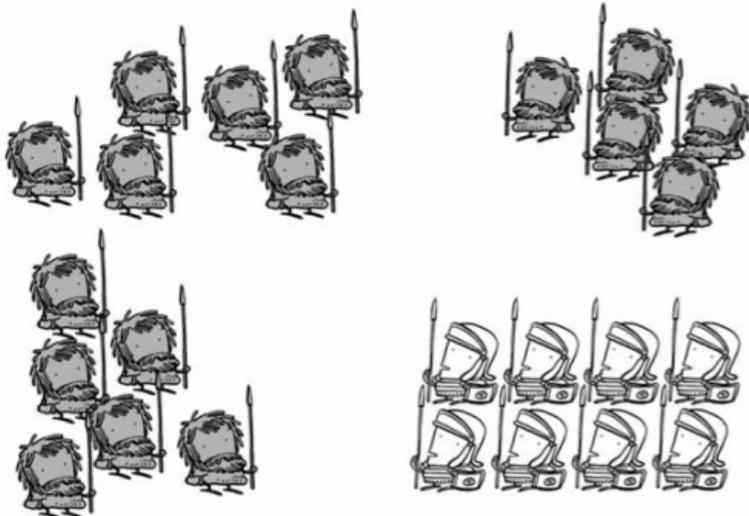


Por cierto, la supremacía militar de Roma sobre sus enemigos se basó en un planteamiento que nos viene al pelo para entender el éxito de todas las futuras potencias hegemónicas que en adelante dominarían Europa:

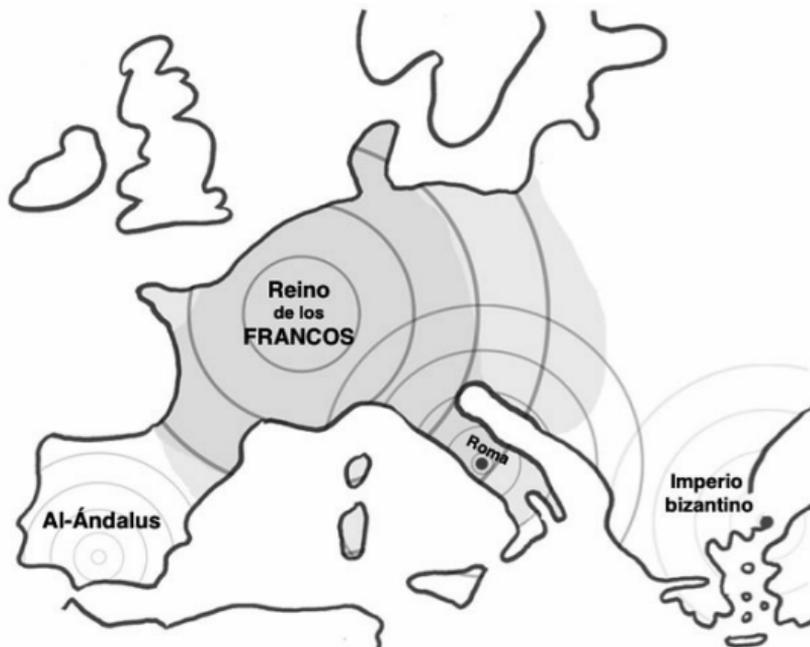
*Divide et impera.*  
(Divide y vencerás.)



Y es que las tribus íberas y celtas del norte de la península Ibérica, aun siendo mucho más numerosas, fueron aplastadas una y otra vez por las tropas romanas por culpa de su incapacidad para unirse y coordinarse contra el enemigo, tan acostumbradas como estaban a pelear entre ellas durante siglos.







Demos otro salto hasta el siglo IX, tres siglos después de que el Imperio romano se colapsara política y socialmente. El mapa geopolítico resultante nos da pistas sobre la Europa que estaba a punto de nacer. Fijaos bien en los distintos epicentros de este renovado tablero de juego.



Destaca ver cómo el centro de gravedad, en lo que a poder político y militar respecta, se desplazó hacia el norte por primera vez en la historia.

Se trata del reino de los Francos, que bajo el mando de Carlomagno se había expandido por todo Centroeuropa sembrando el germen de una estructura social nueva y rupturista de carácter feudal, hasta convertirse en un verdadero imperio.





Desgraciadamente, éste y otros reinos menores que lo rodeaban eran todavía conflictivos e inestables. La vida de sus habitantes era una excitante montaña rusa repleta de conquistas, reconquistas, saqueos y fronteras en movimiento permanente.

Trás quedaba el largo periodo de paz social que les había regalado la hegemonía de Roma. Y el antiguo Estado romano era ya un cadáver en descomposición, tal como atestiguaban cientos de infraestructuras y edificios públicos en ruinas a lo largo del continente.

Lo que para nosotros es ahora una imagen romántica, para aquellos europeos significaba un doloroso recordatorio de la cantidad de comodidades y servicios públicos que habían perdido: mercados, puertos, redes de agua potable, fuentes, baños, molinos, academias, anfiteatros, espacios de ocio, centros administrativos, jurídicos, sanitarios...



Un paisaje apocalíptico en el que se podría ambientar sin problema un *remake* de *Mad Max*, pero con carreras de pollinos en vez de Chevrolets.

Me lo estoy imaginando...

Mmm... vale, mejor no.





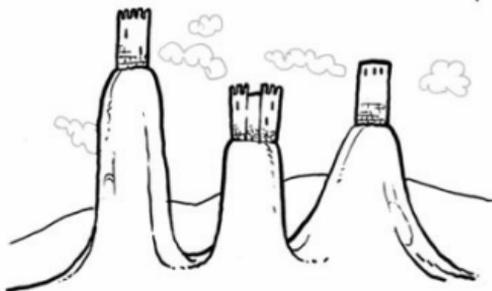
El caos reinante había disparado el pillaje. Muchas ciudades de la época imperial se volvieron insosteniblemente inseguras, por lo que vivir en grandes urbes era una temeridad igual a llevar un rótulo en la cabeza con luces de neón que exclamara:

atráquenme y viólenme sin compasión.  
me va el sado.

Así las cosas, lo recomendable era huir a las zonas rurales más recónditas para vivir en economía de subsistencia y rezar para no tener visitas desagradables.



Paralelamente al éxodo urbano se configuró una nueva oligarquía militar: señores feudales que trasladaron su residencia a bastiones fortificados desde los que mantenían confrontaciones permanentes.



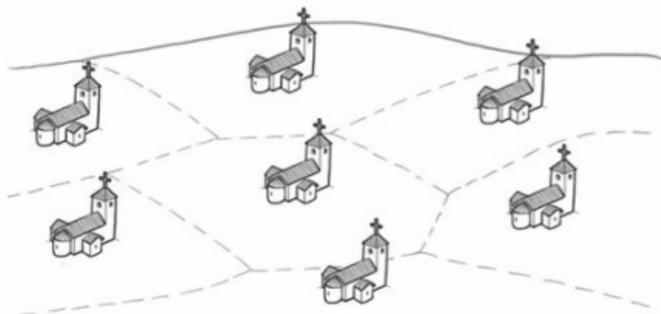


En este contexto de ausencia de Estado entra en escena un nuevo actor para cubrir sagazmente el vacío dejado por Roma y cambiar de paso el destino de toda Europa.



Se trata del cristianismo, una religión originaria (cómo no) de Oriente Próximo que fue proclamada culto oficial del Imperio romano, pero que hasta entonces había limitado su influencia a las zonas urbanas.

Con la despoblación de las ciudades, la Iglesia se lanzó a las zonas rurales a evangelizar paganos (palabra que significa «habitantes del campo», que aún adoraban a dioses ancestrales). También a levantar una red de parroquias que redibujaría la estructura social de todo el continente.



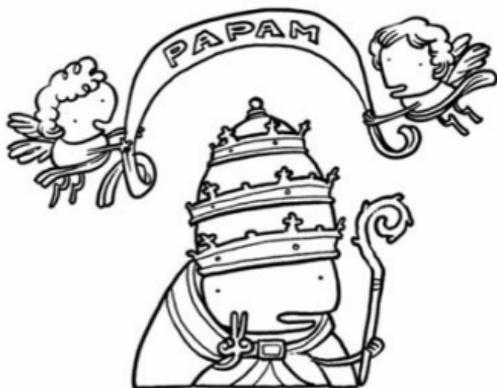
Sólo podemos llegar a entender la exitosa expansión de la fe cristiana por Europa si somos conscientes de la función completa de la red de parroquias y monasterios que, más allá de ser meros centros de culto, también desarrollaban para la población un servicio administrativo (censos, testamentos, documentos de compraventa), judicial (litigios) y social (hospedaje, caridad).



En otras palabras, en gran parte del territorio la Iglesia se estableció, de facto, como un estado paralelo al poder feudal, vertebrando muchos aspectos de la vida cotidiana y moldeando el pensamiento y la identidad de los europeos gracias a la doctrina y la cosmovisión cristianas.

Esta tendencia otorgó una influencia cada vez mayor a la red de obispados regionales y, en última instancia, a su máximo líder y Sumo Pontífice, con sede en la ciudad de Roma.

Desde allí el Papa bendecía o excomulgaba a monarcas, establecía alianzas con unos o conspiraba contra otros, tenía aliados y enemigos, y participaba activamente en el mapa político europeo.



Así las cosas, se empezó a consolidar bajo el poder papal una identidad común entre los reinos cristianos, que sentían formar parte de lo que denominaron «la cristiandad». Un concepto que, sin embargo, no se circunscribía a las fronteras de Europa tal como hoy la entendemos.

De hecho, aunque he ido haciendo mención a «los europeos» en páginas anteriores, lo cierto es que he cometido un anacronismo suficientemente grave como para ser descuartizado por una jauría de historiadores enfurecidos. Porque a esas alturas no se había definido todavía una identidad europea común, ni existía aún la denominación «europeos».





Esto se debía, quizá, a que la Europa antes descrita coexistía con otra Europa radicalmente distinta.

A diferencia de la Europa cristiana, que había empezado a cerrarse en sí misma y a girar alrededor de su centro, otros puntos del continente mantuvieron un fuerte vínculo con Oriente Próximo y su estilo de vida.

Es el caso de Al-Ándalus, un territorio de la península Ibérica establecido inicialmente como una provincia del califato omeya (un extenso reino musulmán con capital en Damasco, en la actual Siria), y que más tarde se independizó.

Mientras las urbes de los reinos cristianos se mantenían en un estado de subdesarrollo, en ciudades de Al-Ándalus, como Córdoba, contaban con calles pavimentadas, agua corriente, baños públicos, bibliotecas y escuelas.

En ellas se fue generando un potente foco cultural auspiciado por sus sofisticadas élites, que fomentaron un sólido desarrollo científico, filosófico y tecnológico.

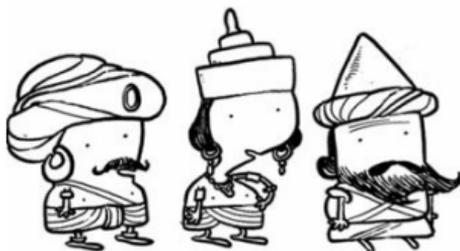


Grecia, a su vez, estaba integrada entonces en el Imperio bizantino y había conservado su relación natural con Oriente Próximo, manteniendo también un alto grado de desarrollo social y cultural.

Si analizamos la situación en su totalidad, no deja de ser curioso que la parte de Europa que alcanzaba mayores cuotas de progreso fuera la que miraba de una forma u otra hacia Oriente.



Y es que, aunque el cine y la cultura popular actual nos hayan llevado a sobredimensionar el papel de la Europa imperial y medieval en el avance de la humanidad...



... lo cierto es que hasta ese momento aún eran Oriente y el resto de Asia (sobre todo China e India) los que habían liderado la mayoría de campos del desarrollo y el pensamiento humanos.

Hasta entonces el liderazgo asiático había sido la norma, no la excepción.



Sin embargo, hoy en día, ¿cuántos de nosotros conocemos el legado del Imperio persa, el Imperio sasánida, el Imperio maurya, el Imperio kushán o las dinastías Qin y Han?

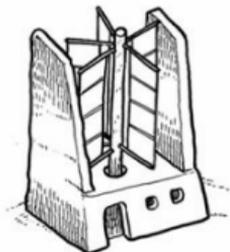




A veces, tan sólo basta con ampliar  
el campo de visión para verlo todo más claro.



Para que os hagáis una idea de su importancia en la carrera por el desarrollo humano, ahí va un breve resumen de los inventos que surgieron en Asia entre el primer milenio a.C. y el primer milenio d.C.:



De Persia provienen los primeros molinos que utilizaron la fuerza del viento para moler grano y el perfeccionamiento de las técnicas de canalización de agua para el regadío. También fueron pioneros en el uso de armas químicas.

En China se elaboró por primera vez el papel tal y como lo conocemos hoy, a base de pulpa de celulosa. Asimismo desarrollaron las primeras imprentas (milenios antes de Gutenberg) e inventaron la pólvora, los cohetes, la brújula, la cadena de transmisión y los primeros prototipos de sismógrafos y relojes mecánicos.



India, por su parte, despuntó en el desarrollo de la química aplicada a tintes, pinturas y procesos de destilación. Pero su mayor aportación a la humanidad es sin duda el sistema de numeración decimal, muchísimo más útil para el cálculo que la numeración romana, y que provocó un salto enorme en el desarrollo de las matemáticas al incluir el concepto de «cero» y permitir el cálculo de decimales.



Su uso se extendió al mundo islámico y llegó a Europa vía Al-Ándalus, donde no tardó en adoptar la grafía de nuestra numeración actual o arábiga.



Otro dato curioso es que fue precisamente en Al-Ándalus donde se usó por primera vez el nombre «europeos» para denominar a los habitantes de la Europa cristiana en su conjunto, como documenta una crónica anónima del año 754.

En ella se relata la batalla librada en Poitiers por tropas musulmanas contra un ejército formado por guerreros de diversos reinos cristianos, a los que llama colectivamente «europenses».



De hecho, nada hizo tanto por la unidad de los reinos cristianos y el nacimiento de una identidad europea compartida como la aparición de un enemigo común, en este caso la civilización islámica, y la necesidad de frenar su avance hacia el norte.

Porque, en lo que respecta al nacimiento de identidades colectivas, suele ser esencial la existencia de tensiones con grupos externos que nos permitan definir «qué somos», en contraposición a «qué no somos». Y en territorio islámico tuvieron claro, desde mucho antes, el carácter común europeo. Los musulmanes de Oriente Próximo, por ejemplo, llamaban «francos», por extensión, a todos los europeos. Y a Europa la conocían como «Frangistán» (tierra de los francos).

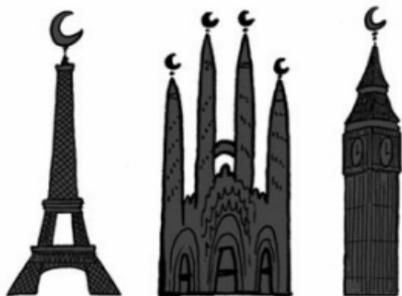






Por cierto...

A veces me pregunto  
qué habría sido de Europa  
si los reinos cristianos no  
hubieran podido frenar el  
avance de las tropas  
musulmanas.



¿Cuánto habría cambiado el destino de los europeos?





¿Hasta qué punto habría sido distinto el legado cultural, artístico y científico de los pueblos de Europa?





Vale, se me está yendo la pinza...





Volviendo a lo anterior, podemos concluir que la tensión entre el islam y la cristiandad, junto con las tortas que se repartirían durante siglos, fueron esenciales para que la cultura europea tomara conciencia de sí misma.



Pero aunque dicha identidad común naciera en contraposición a la cultura islámica, esta última tuvo un papel más destacado en las raíces europeas de lo que muchos estarían dispuestos a admitir hoy en día.



Sin ir más lejos, durante los primeros siglos de la Edad Media, mientras los reinos cristianos mantuvieron en el olvido los escritos de su pasado grecorromano, que languidecían custodiados un puñado de monasterios, los reinos musulmanes recopilaron y tradujeron con profusión todos los tratados y relatos que pudieron hallar de la era clásica, sobre todo los de ciencia.

Lejos de considerarlo un legado ajeno o hereje, decidieron estudiar todo aquel compendio de sabiduría, sobre el cual desarrollaron luego teorías e investigaciones propias.



Hacia el siglo XIII, por fin, las principales ciudades de la Europa cristiana empezaron a recuperar poco a poco el desarrollo intelectual perdido y a releer a los autores clásicos, cuyas obras, en muchos casos, se habían conservado gracias a su traducción árabe.

La obra de Aristóteles, por ejemplo, fue leída durante muchos años en la versión comentada y ampliada por Ibn Rushd (o Averroes), un filósofo andalusí del siglo XII. Un musulmán cordobés ayudando a sentar las bases del futuro Renacimiento europeo. Ahí es nada.





En fin. Así fueron, más o menos,  
los inicios de nuestra querida Europa.

La muchacha, todo hay que decirlo,  
continuó arrastrando graves  
conflictos de identidad durante  
mucho tiempo.





1998

1999

2000

**2001**

2002

2003

2004

2005

2006

Año 2001.

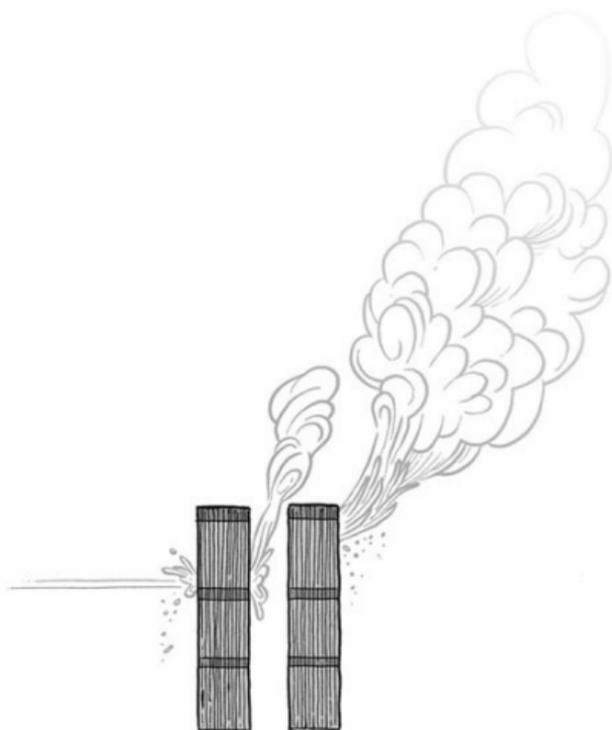
El año de los tres impactos.

Tres acontecimientos que van a definir la Europa del tercer milenio, en la que nada volverá a ser igual.



## PRIMER IMPACTO

## PRIMER IMPACTO





Pongámonos en situación. Los habitantes de Europa, especialmente en sus naciones más ricas, habían iniciado el siglo XXI anestesiados, en una burbuja de seguridad y bienestar.

Tras un largo periodo de hegemonía occidental, sus ciudadanos habían ido perdiendo interés en lo que ocurría más allá del Primer Mundo. Y su relación con el resto de países basculaba entre el paternalismo...

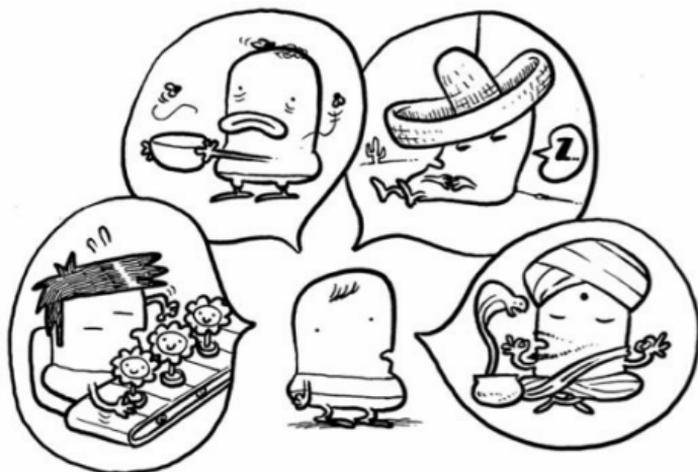
... y la indiferencia.

Fue entonces cuando, en septiembre de 2001, una organización fundamentalista islámica irrumpió con un atentado múltiple, perpetrado en las que creían ser las ciudades más protegidas de la mayor potencia militar del mundo. La barbarie, mundialmente televisada en directo, hizo saltar por los aires no ya las Torres Gemelas, sino la propia concepción que Occidente tenía del mundo.





Un mundo, más allá de las potencias dominantes, que hasta entonces había parecido relativamente inofensivo, cuando no irrelevante, y que en el imaginario occidental se reducía a un puñado de clichés desdibujados: el oriental laborioso, el africano hambriento, el latinoamericano ocioso, el hindú místico...



Aquel mundo se tornó, tras el 11-S, en un lugar mental mucho más hostil de la mano de un nuevo cliché que pasaría a «representar», por desgracia para los musulmanes, la cultura islámica: el fundamentalista psicópata parapetado en su cueva.





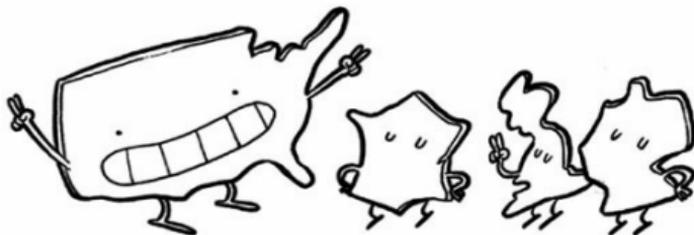


Cuando hablo de Occidente o del Primer Mundo, por cierto, me refiero al club de países que, en 2001, mantenían las mayores cuotas de desarrollo cultural, social, tecnológico y económico del planeta, así como un liderazgo militar incontestable que les permitía defender sus intereses y expandir su estilo de vida al resto del mundo. Por las buenas o por las malas.

Este privilegiado club, sin embargo, ni incluía la totalidad de Europa ni todos sus miembros eran europeos, lo que nos dificulta agruparlos bajo un rasgo común o situarlos en un único epicentro geográfico definido.



Pero dicho club, en mi opinión, coincidía bastante con la lista de países que en ese momento integraban la OTAN, la principal alianza militar internacional, con EE.UU., Francia, Reino Unido y Alemania a la cabeza.





La OTAN (Organización del Tratado Atlántico Norte) había nacido décadas atrás en respuesta al creciente poder militar del bloque soviético, que durante el siglo xx rivalizó en igualdad de condiciones con EE.UU. y sus aliados por el dominio mundial.



Este conflicto había mantenido a Europa (y a Alemania) traumáticamente dividida en dos a lo largo de cuarenta años, durante los cuales se vivió en un permanente estado de pre-guerra nuclear no apto para cardíacos.

El colapso social y económico de la URSS precipitó la caída del muro y la firma de la paz entre los dos bandos. Se otorgaba así una victoria indirecta al bloque capitalista, y la OTAN quedó como principal juez y parte del tablero mundial, siempre presta a repartir hostias allí donde fuera necesario para defender los intereses de sus miembros.

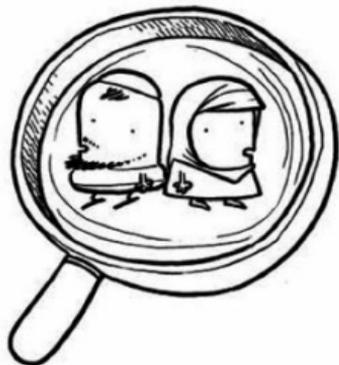


A partir de 2001, y tras la desaparición de la amenaza soviética, ahora convertida en otro inofensivo cliché a ojos de las potencias capitalistas...



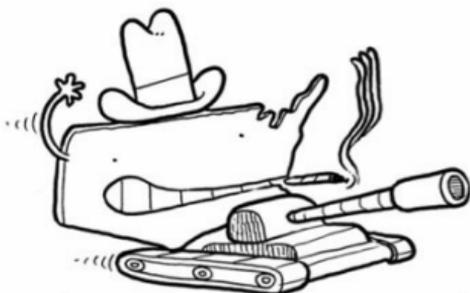
... las pesadillas de Occidente pasaron a tener un nuevo protagonista: Al Qaeda, cuya amenaza provocó una escalada de islamofobia y atizó los miedos atávicos de Europa hacia todo lo que llevara turbante.

Este nuevo escenario puso bajo sospecha a las minorías musulmanas y sirvió de munición para los partidos europeos de ultraderecha, que experimentaron un resurgimiento en todo el continente.

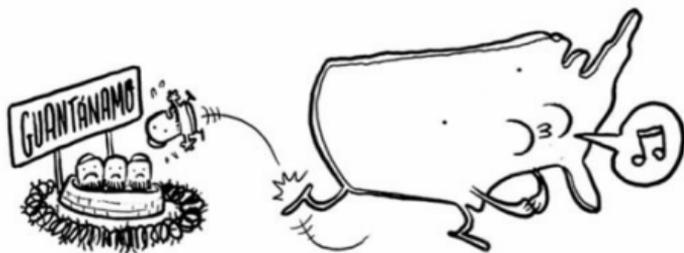




Al mismo tiempo, al otro lado del Atlántico, el gobierno estadounidense se sentía más legitimado que nunca para contraatacar y ocupar militarmente, junto al resto de la OTAN, el país (Afganistán) que, según sospechaban, había dado cobijo a la célula terrorista y de paso hacer lo mismo con otro viejo enemigo (Irak) sin relación aparente con Al Qaeda.



La campaña militar fue sostenida en todo momento por un discurso de supuesta liberación de los ciudadanos de aquellos países y de expansión de los valores democráticos por el mundo. Algo que habría sonado mucho más convincente si el propio gobierno de EE.UU. no hubiera puesto en marcha un campo de detención fuera de sus fronteras (Guantánamo, en la isla de Cuba) para así interrogar y torturar a los sospechosos de terrorismo sin cumplir sus propias leyes de derechos civiles ni, de paso, los Convenios de Ginebra sobre prisioneros de guerra.





Asimismo, el presidente George W. Bush procedió a meter por el gaznate al incauto ciudadano una serie de leyes, incluidas en la Patriot Act, que permitieran un control más agresivo de la población por parte del gobierno y las agencias de inteligencia, bajo la premisa de perseguir al terrorismo.

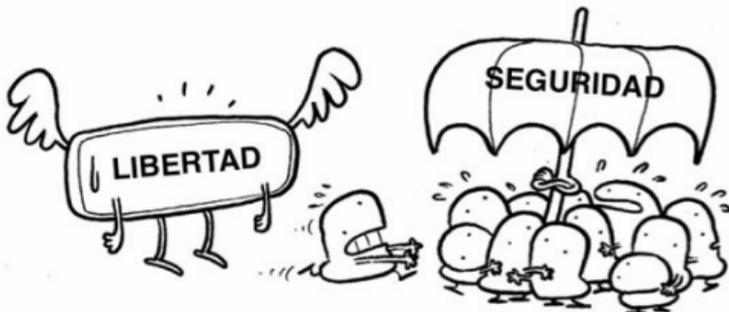


Medidas similares se tomaron en algunos países de Europa con el mismo propósito: aumentar el control de la población para así reforzar su propia seguridad, aun a costa de reducir sus libertades.





No es que el terrorismo no fuera un peligro real, como demostraron nuevos atentados en Madrid y Londres en 2004 y 2005, pero es posible que el miedo general y la obsesión por la seguridad no ayudaran a valorar las libertades cedidas al aparato del Estado.



Si me recreo tanto en la reacciones y consecuencias políticas del terrorismo yihadista en Occidente es porque creo que describen fielmente el tipo de relación que mantenía Europa (y Norteamérica) con el resto del mundo en la primera década del siglo XXI.

Para verlo desde una óptica distinta podemos acudir a otro capítulo de terrorismo que tuvo lugar en 2011.



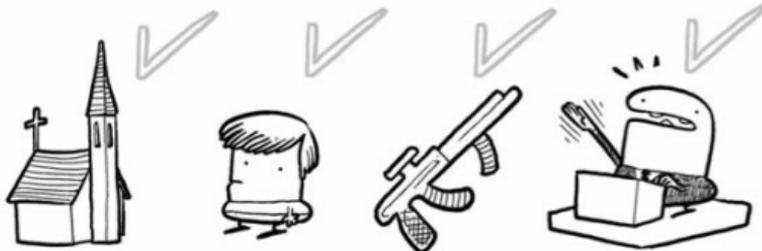
En julio de aquel año un joven noruego, Anders Breivik, llevó a cabo un elaborado ataque a gran escala que dejó 77 muertos y 96 heridos, tras hacer explotar un coche bomba en el distrito gubernamental de Oslo y realizar un tiroteo indiscriminado en la cercana isla de Utøya, durante un campamento al que asistían las juventudes del partido socialista noruego.



La masacre, según el propio Breivik, pretendía ser un toque de atención contra lo que consideraba una inadmisibles tolerancia de los partidos de izquierdas de Noruega y Europa ante la «invasión» de inmigrantes musulmanes. Además, el autor había publicado poco antes en internet el que es, seguramente, el manifiesto europeísta más asquerosamente xenófobo y fascista del siglo XXI, bajo el título *Declaración de independencia europea*.

La empanada ideológica sostenida por Breivik aglutinaba ultranacionalismo, masonería, fundamentalismo cristiano, anti islamismo, ultraderecha y defensa de la posesión de armas.

En este caso era de esperar que a nadie se le pasara por la cabeza culpar de los hechos a los discursos más radicales de la iglesia cristiana, ni que el trauma por la masacre degenerase en una ola de fobia hacia los rubios nórdicos. Lo que es más paradigmático es que aquello tampoco provocó ningún cambio significativo en las leyes sobre posesión de armas ni derivó en acciones políticas para frenar la propaganda y el avance de los partidos de extrema derecha.





Sí hubo, al menos, un sector que se vio afectado al ser relacionado con Breivik: su declarada pasión por los videojuegos bélicos como método de entrenamiento provocó que varias tiendas especializadas retiraran decenas de juegos violentos de sus estanterías durante unos meses.



¿Terrorismo yihadista? ¡Maldito islam y todos los musulmanes!  
¿Terrorismo de ultraderecha europea con tintes cristianos?  
¡Malditos videojuegos!



En fin. No nos engañemos. Este doble rasero ocurre en cualquier país del mundo respecto a sus propias miserias. Es tan cierto como que a uno mismo no le molestan sus propias flatulencias.





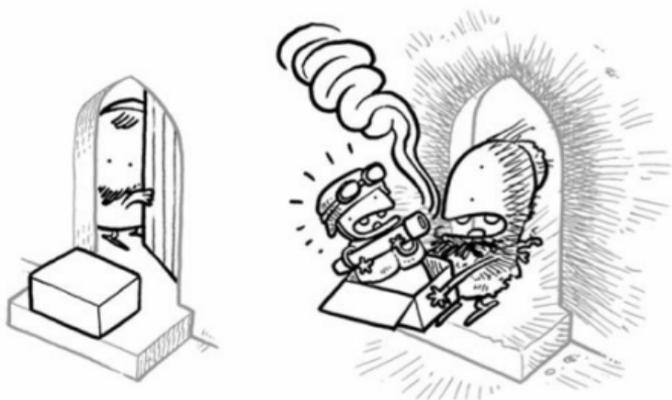
A propósito del terrorismo de Al Qaeda y su llegada a Occidente, yo en su momento lo interpreté así:



Es decir, como si el resto del mundo nos hubiera enviado un paquete de muestra, un pequeño bocado de la misma violencia que se vivía a diario fuera de nuestras fronteras. Una cata traída hasta la puerta misma de nuestra burbuja de seguridad, para que probáramos por un instante lo violento y convulso que continuaba siendo el mundo.



Un mundo, el de ahí fuera, que ya había experimentado con demasiada frecuencia las actuaciones sorprendidas de los ejércitos de Occidente a las puertas de su casa.



Quizá era el momento de no dar más la espalda a las consecuencias de la agenda militar de nuestros gobiernos, que nos habían garantizado un entorno seguro mientras avivaban el escenario bélico global.





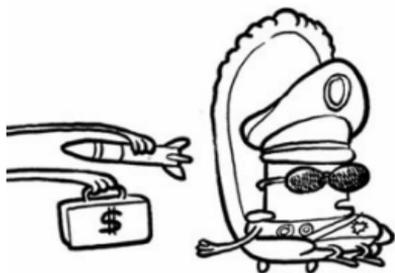
La propia organización de Al Qaeda, de hecho, era producto indirecto de esa incesante actividad geoestratégica llevada a cabo por las potencias militares a finales del siglo xx.

Su origen se remonta a la década de los 80, cuando tuvo lugar una cruenta guerra por el control de Afganistán entre las fuerzas soviéticas de ocupación y los grupos locales de resistencia anticomunista. Estos últimos contaron con el apoyo, cómo no, de EE.UU. y sus aliados, así como de otros países árabes, que contribuyeron a financiar, entrenar y armar a sus combatientes en diversas bases de adiestramiento.

De esas bases surgió la organización Al Qaeda (nombre que significa «la base»), que colaboró estrechamente con el Pentágono mientras duró la guerra. Una vez finalizada, sin embargo, continuó su actividad por libre.







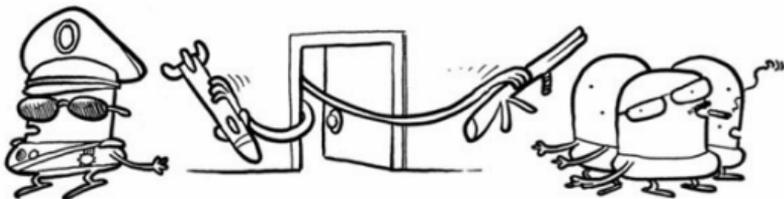
Estas fueron, durante las últimas décadas, algunas de las estrategias de las principales potencias para influir en los países más débiles:

A) Mantener a sus gobernantes como aliados a base de financiación y/o armamento (aunque con ello ayudaran a perpetuar en el poder a auténticos sociópatas).

B) Financiar y armar a los grupos de oposición que conspiraran en la clandestinidad, si el tirano de turno se negaba a colaborar.



C) Financiar y armar a ambos bandos para asegurarse que, ante una guerra civil, el vencedor estuviera de su parte (y de paso colocar algo de stock recién salido de su propia industria armamentística).





Toda sociedad humana es, en el fondo, un ecosistema bastante frágil. Y su equilibrio depende, entre otras cosas, de que sus diversas facetas (social, económica, tecnológica, militar...) se desarrollen a la vez y de forma paralela. Ya sea con avances propios o influencias externas.

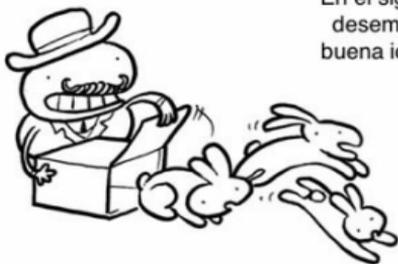


Coincidiréis conmigo, entonces, en que introducir ingentes cantidades de armamento moderno en una sociedad agraria, con una mentalidad anclada en el siglo xv, es la mejor manera de colapsar su ecosistema social y así sumergirla durante décadas en el caos.





Esto me recuerda un capítulo histórico bastante particular.



En el siglo XIX a algunos británicos recién desembarcados en Australia les pareció buena idea soltar unos pocos ejemplares de conejo europeo en la isla, para así poder mantener su afición a la caza.

La especie introducida se adaptó perfectamente. Es más, como no había ningún depredador natural en su nuevo entorno empezó a multiplicarse exponencialmente. Al cabo de unos años el conejo ya era una plaga que asolaba tanto los cultivos como las especies de plantas autóctonas y dejaba tras de sí un paisaje árido.



Ante tal catástrofe, algunos pensaron que la mejor solución sería importar ejemplares de su predador más común en Europa: el zorro.







Esta decisión fue un nuevo desastre, pues los zorros optaron por alimentarse de otras especies autóctonas más fáciles de cazar, como pequeños marsupiales o diversas aves incapaces de volar que anidaban en el suelo. En consecuencia, las poblaciones de estas especies se desplomaron o se extinguieron.

Por si fuera poco, la reducción en número de estas aves predatoras de insectos provocó diversos capítulos de plagas que atacaron grandes extensiones de eucaliptos.



Hoy en día aún no se ha conseguido erradicar la superpoblación de conejos en Australia, aunque se ha podido estabilizar su número usando armas bacteriológicas. Se mantiene en pie, además, una de las barreras más largas del mundo, para proteger del avance del conejo los pastos y cultivos del oeste.





En el caso de Australia observamos, en definitiva, un ecosistema natural que no sólo ha perdido el equilibrio por culpa de la acción exterior sino que ya no es capaz de proseguir por sí mismo sin una intervención continuada de esa mano externa.

Algo muy parecido, curiosamente, a lo ocurrido con los ecosistemas sociales de los países menos desarrollados del globo a lo largo del siglo xx.

Imaginemos, por ejemplo, un país subdesarrollado cualquiera, un país muy jodido, llamado... no sé... Jodidonia.

Jodidonia, tras haber sido durante siglos una mera colonia de alguna potencia europea, había alcanzado un estatus de país independiente para sumirse en poco tiempo en una larga decadencia.



Jodidonia era rica en recursos naturales, pero aún no había desarrollado por sí misma una estructura de redistribución de la riqueza y las explotaciones se mantenían controladas por una reducida élite corrupta que había ocupado el lugar de los colonos tras su marcha. El país pasaba hambre.

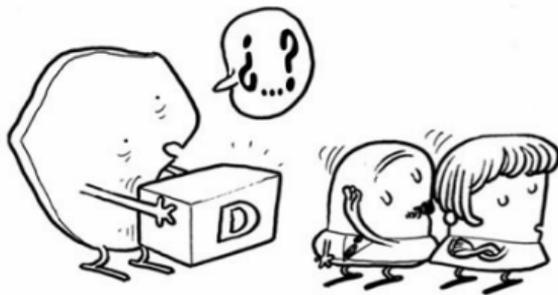






Tras ser víctima de numerosas crisis humanitarias, Jodidonia pasó a estar asistida por diversas organizaciones extranjeras que le suministraban los servicios sociales y sanitarios que sus enclenques instituciones estatales no podían garantizar.

La debilidad de sus cuerpos de seguridad y el descontento por el carácter déspota de sus élites habían creado, además, un clima social inseguro y violento por lo que también estaba intervenida por cuerpos de seguridad extranjeros con el fin de evitar que se lesionara a sí misma en una guerra civil.



El país tampoco había desarrollado aún una economía productiva y su sistema de recaudación de impuestos era ineficaz y corrupto, o sea, que la contabilidad del Estado era un galimatías. Jodidonia tenía tantos pagos pendientes con sus acreedores (inversores que le habían comprado deuda) que ya no encontraba fondos privados que le prestaran más dinero.



Así las cosas, el Estado empezó a plantearse seriamente una suspensión de pagos. O lo que es lo mismo, declarar que toda su deuda pendiente iba a quedar impagada.

Una medida drástica que, aunque permitía empezar de cero, también conllevaba el descenso al club de los países marginados y no aptos para invertir a ojos del capital extranjero.

Afortunadamente, la comunidad internacional pasó a la acción en el momento crítico y la ONU puso a Jodidonia en manos de instituciones específicamente creadas para casos como éste: el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI).

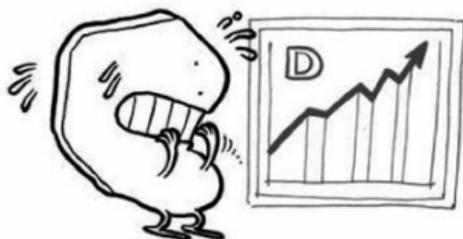


El FMI desplegó su protocolo de actuación y avanzó un primer crédito a Jodidonia para que pudiera atender sus pagos más urgentes durante un tiempo. A su vez, le prometió nuevas ayudas si se comprometía a equilibrar sus cuentas mediante un plan de reforma enfocado a reducir gastos públicos superfluos y a aumentar su recaudación.

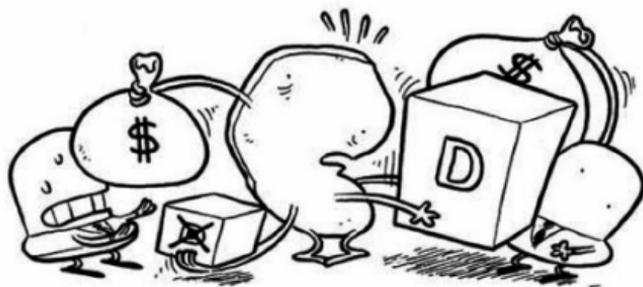


Al principio, todo fue un alivio. Pero con el paso del tiempo las reformas prometidas no llegaron o se ejecutaron de una forma tan chapucera que no tuvieron efecto. Su clase política no destacaba por su eficiencia y continuaba siendo controlada por una oligarquía demasiado acostumbrada a parasitar los fondos públicos. Por otra parte, la economía nacional no levantaba cabeza y la población se mantenía en la miseria, incapaz de pagar más impuestos.

Así que, al final, el Estado no pudo equilibrar sus cuentas y Jodidonia empezó a caer en una espiral de endeudamiento.



Como la ayuda del FMI estaba condicionada a no incurrir en impagos, Jodidonia optó por cancelar sus deudas más urgentes emitiendo nueva deuda. Y como los intereses a pagar también iban en aumento, algunos inversores temerarios acudieron como buitres a comprar deuda atraídos por su alta rentabilidad.

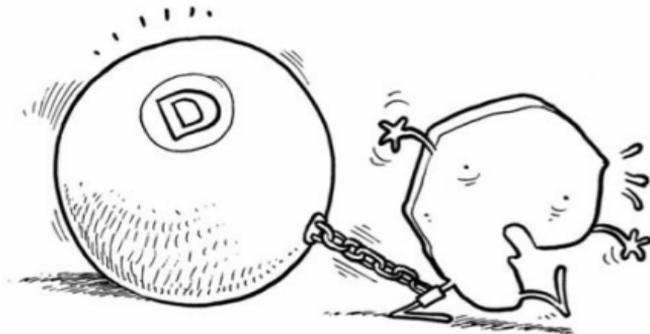




En otras palabras: tras el pacto con el FMI, y debido a las condiciones del acuerdo firmado, el pago de la deuda se convirtió en la prioridad absoluta del Estado.

Esto significó, en la práctica, que los primeros impagados cuando escaseaba el dinero eran los servicios públicos y los sueldos de los funcionarios. Por no hablar de la paralización total de las obras públicas y otros incentivos necesarios para reflotar la economía nacional.

La acción del FMI había resultado, a la postre, una condena para Jodidonia, atrapada como estaba en una espiral que parecía no tener fin.





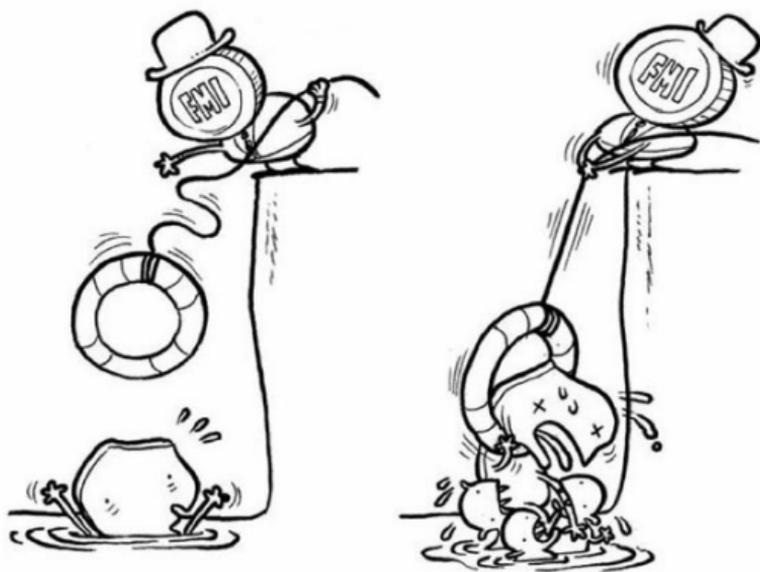
El drama de Jodidonia resume, a grandes rasgos, el calvario por el que pasaron muchos países subdesarrollados a finales del siglo xx. Un cóctel de desgracias que condenó a extensas zonas del planeta a una pobreza prolongada durante décadas, aunque contaran con suficientes recursos y con un gran potencial económico.

¿A quién había que achacar esta injusticia? Para muchos, el principal problema eran las élites corruptas que monopolizaban el poder en estos países, vampirizando sus recursos y frenando su desarrollo.





Sin embargo, algunos sectores de opinión empezaron a poner en duda el papel de los países ricos y de organismos como el FMI en todo este desaguado. Al fin y al cabo, mientras estos países subdesarrollados siguieran en manos de oligarquías parasitarias, cualquier tentativa de ayuda tenía muchos puntos para degenerar en un estrangulamiento.



El debate no había hecho más que empezar.



## SEGUNDO IMPACTO

SEGUNDO IMPACTO







Aunque en páginas anteriores he hablado del ombligismo generalizado en Occidente, no he sido del todo justo. Sí hubo algunos sectores minoritarios, pero de influencia creciente, que llegaron al siglo XXI reclamando atención hacia los problemas de los países en vías de desarrollo.



Desde 1998, estos grupos de presión habían llevado a cabo una campaña de recogida de firmas para la cancelación total de la deuda de los países pobres con el FMI y otros organismos internacionales. Pedían acabar de golpe con su espiral de endeudamiento para permitirles empezar de nuevo.



Poco a poco, el debate sobre deuda externa consiguió extenderse temporalmente por Europa y Norteamérica.

La opinión de los estados ricos era capital en este asunto, pues eran los que más dinero aportaban a los fondos del FMI y el BM. De hecho, para la mayoría, renunciar al cobro de su parte no resultaba un drama. Se trataba de sumas de dinero que, una vez trasladadas a la escala de una economía desarrollada, resultaban relativamente pequeñas.

Desgraciadamente, el debate acabó diluyéndose bajo el ritmo frenético de la actualidad, sin conseguir más que un puñado de condonaciones de deuda puntuales y de cara a la galería.

Los argumentos manejados por algunos gobiernos europeos para oponerse a una cancelación de deuda generalizada sonaron a excusa:





Fuera o no fuera una excusa, lo cierto es que dicho argumento frustró las esperanzas de los grupos movilizados por la causa. Lo que no consiguió frustrar fue la nueva ola de concienciación que en aquel momento se había extendido por amplios sectores de la juventud occidental.

Atrás quedaba el nihilismo y el ensimismamiento de corte trágico que había seducido a los adolescentes durante los primeros años 90, unos años marcados por la actitud autodestructiva de los ídolos del rock alternativo y el grunge como forma de rebeldía ante un Occidente abocado al consumismo.



Esta etapa había quedado definitivamente cerrada en el instante en que la cultura de masas consiguió absorber, digerir y empaquetar la actitud alternativa.



9,95



2,95



Puro  
sarcasmo.



La nueva corriente que se había abierto paso recuperaba el idealismo y el optimismo, y apostaba por pasar a la acción como única vía para cambiar el mundo. Muchos jóvenes de finales de los 90 se enrolaron en diversas causas sociales y apoyaron las reivindicaciones de países menos afortunados, mientras adoptaban la música y la ropa procedente de Latinoamérica, Oriente Medio y África.







Para aquellos jóvenes no había causa por la que no mereciera luchar: ecologismo, feminismo, multiculturalismo, movimiento okupa, legalización de la marihuana, apoyo a los palestinos, derechos de los homosexuales, movilización contra el racismo y el fascismo...

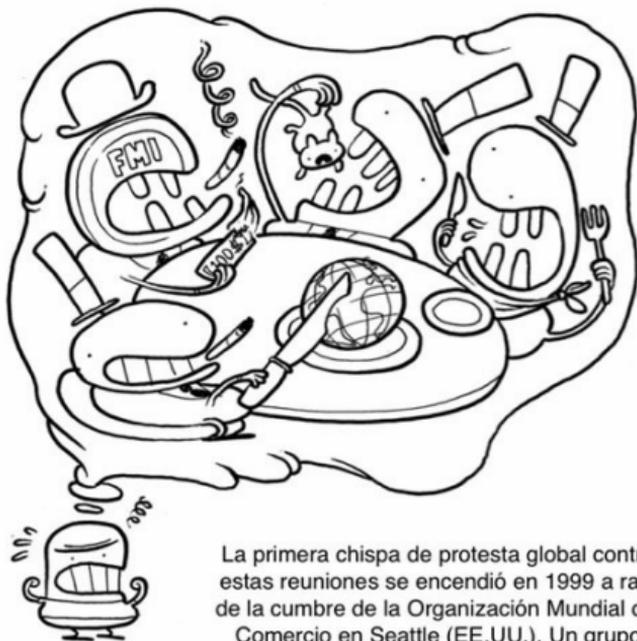
Estos movimientos reivindicativos, además, encontraron en internet una nueva plataforma para organizarse y actuar internacionalmente de manera coordinada a una escala nunca vista.

Cualquier ocasión era buena para protestar por el rumbo que había tomado el mundo, sujeto a una acelerada globalización que, a ojos de estos jóvenes, sólo buscaba el beneficio económico y el crecimiento ilimitado.



Si existía algún evento que aglutinara todos los fantasmas de la globalización económica, éste era sin duda la agenda de cumbres internacionales: una serie de reuniones periódicas celebradas en sucesivas ciudades a las que acudían los mandatarios de los países más ricos y los organismos económicos internacionales.

Que estos encuentros se organizaran con gran boato, a puerta cerrada y bajo un despliegue excepcional de las fuerzas de seguridad no les ayudó precisamente a despertar simpatías. Y no tardaron en convertirse en la diana perfecta para numerosas teorías de la conspiración.



La primera chispa de protesta global contra estas reuniones se encendió en 1999 a raíz de la cumbre de la Organización Mundial del Comercio en Seattle (EE.UU.). Un grupo heterogéneo de movimientos juveniles se unió a la marcha de los sindicatos en una multitudinaria batalla campal contra la policía que duró tres días. La revuelta alcanzó una magnitud que no se veía en EE.UU. desde los años 60.



La batalla de Seattle alcanzó repercusión mundial y su espíritu no tardó en extenderse a Europa. En el año 2000 el BM y el FMI cancelaron una cumbre programada en Praga ante las protestas llevadas a cabo por diversos grupos altermundistas. Otro tanto ocurrió en junio de 2001 cuando el BM se vio obligado a desconvocar una reunión en Barcelona ante la amenaza de nuevos altercados.



No fue así con la cumbre del G8, el exclusivo club formado por las siete mayores potencias industriales (EE.UU., Canadá, Reino Unido, Italia, Alemania, Francia y Japón) más Rusia, organizada en Génova en julio del mismo año. Siguió adelante a pesar de la creciente movilización en contra y fue un grave error. La ciudad italiana, poco idónea para un evento de tal magnitud, fue blindada con 2.700 policías y militares.

Tal osadía tuvo por respuesta la llegada a Génova de decenas de miles de activistas de toda Europa. El ambiente caldeado y los diversos excesos cometidos por la policía precipitaron un estallido de violencia entre los dos bandos que dejó cientos de heridos y un muerto a manos de las fuerzas antidisturbios.



Los hechos de 2001 en Génova fueron la primera gran protesta de carácter europeo contra la serie de procesos de cambio que estaba transformando el mundo hasta dejarlo irreconocible. Procesos que, en mayor o menor medida, se inscribían en el siempre confuso fenómeno de la globalización.

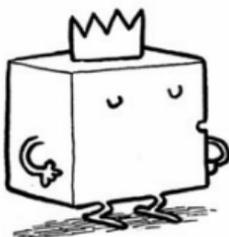
La dura actuación policial, a su vez, hizo evidente la intransigencia con la que los gobiernos más poderosos estaban dispuestos a actuar para llevar a cabo dichos cambios.

Pero ¿en qué consistían exactamente esos cambios?

¿Qué era realmente la globalización y por qué despertaba tantos celos?







Para entenderlo debemos volver a la década de los 80, al fin de la guerra fría. El colapso de la URSS significó, entre otras cosas, la entrada en crisis de un modelo económico que otorgaba al estado capacidad absoluta para controlar, intervenir o modificar cualquier sector de la economía nacional.

El caso soviético había representado durante décadas el paradigma del modelo de estado hegemónico, omnipresente e intervencionista, que perseguía la iniciativa privada, controlaba las redes de distribución de productos, dictaba los precios de los bienes de consumo e imponía el monopolio estatal en la mayoría de sectores industriales, agrícolas y culturales. Nada escapaba del Estado.





El problema de este modelo es que tiende a hundir la competitividad de la economía y provoca que la producción autóctona no pueda rivalizar con la extranjera, ni en calidad ni en precio. Así que la única forma de subsistir es someter el mercado nacional a altas dosis de proteccionismo.



Cuantiosos impuestos a la importación de productos, trabas al flujo de capitales, prohibición a los ciudadanos de abandonar el territorio nacional... Un hermético blindaje que termina ahogando la economía.



El fracaso del modelo soviético dejó clara la necesidad de cualquier economía nacional de contar con cierto grado de apertura al exterior para poder oxigenarse.



Con mesura, claro; o se nos puede resfriar con la corriente de aire. Aunque ese ya es otro tema.





El fin de la guerra fría también significó, en el otro extremo, el triunfo del modelo económico estadounidense, que propone un estado delgado y liviano. Es decir, un estado diseñado para no intervenir en los flujos del mercado nacional y que otorga todo el protagonismo a la iniciativa privada y a la ley de la oferta y la demanda.

Probablemente, la alergia atávica de los estadounidenses a un aparato gubernamental voluminoso y controlador se remonta a la época en que fueron una colonia del Imperio británico, cuando sufrían las injerencias y los impuestos abusivos que les dictaba Londres. Un sentimiento que perduró en el tiempo a tenor de las palabras de algunos de sus presidentes:

«Pienso que tenemos un aparato gubernamental mayor de lo necesario, demasiados parásitos viviendo del trabajo de los laboriosos.»

Thomas Jefferson

«No hay nada que corrompa más, nada que destruya más los nobles y buenos sentimientos de nuestra naturaleza, que la capacidad de ejercer un poder ilimitado.»

William Henry Harrison

«Si un gobierno es lo suficientemente grande como para concedértelo todo, también lo es para arrebatártelo todo. El curso de la Historia nos muestra que a mayor gobierno, menor libertad.»

Gerald Ford





Es uno de los asuntos que ha levantado más ampollas en el Congreso a lo largo de su historia.



«Socialista» y «comunista» han sido siempre las acusaciones favoritas del ala dura del Partido Republicano.





NUESTRO GOBIERNO  
DEFIENDE LA LIBERTAD Y  
NUNCA SE ENTROMETE EN LOS  
ASUNTOS DE LOS CIUDADANOS



CLARO, PORQUE  
ESTÁ DEMASIADO OCUPADO  
ENTROMETIÉNDOSE EN LOS  
ASUNTOS DE LOS DEMÁS  
PAÍSES, ¿NO?



¡IDAMU!

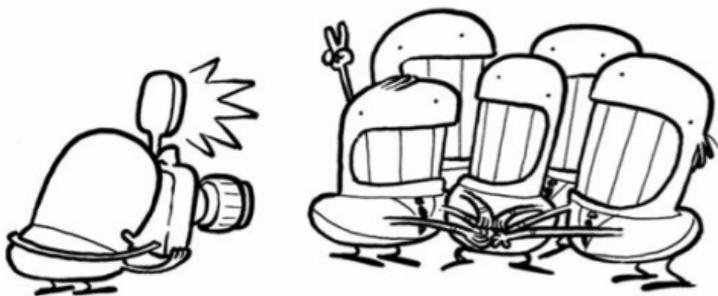




Sea como sea, el desplome del bloque soviético fue visto en EE.UU. como una oportunidad para extender su modelo económico y ampliar el mercado potencial de sus poderosas empresas.

Fue así cómo, aprovechando su lugar preeminente en organismos internacionales como el FMI o el BM, el gobierno estadounidense unió sus esfuerzos a los de las principales potencias europeas para convencer al resto del mundo de las bondades de la desregulación y la apertura de mercados.

La década de los 90 discurrió repleta de cumbres diplomáticas, firma de pactos, homogeneización de mercados, multiplicación de organismos supraestatales, buenrollismo, estrechamiento de manos y sonrisas impostadas.



Sin duda, el mayor impulso para la expansión de este nuevo mantra económico llegó en 1995 con la creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC), un organismo que obligaba a sus estados miembro a cumplir de manera incondicional una serie de compromisos: reducción de aranceles o impuestos a la importación, reducción de subvenciones a las industrias nacionales, reducción de medidas gubernamentales que distorsionen el flujo natural de los mercados...



Lo cierto es que la mayoría de estos pactos se plantearon en favor de los estados más ricos, ya que excluían de la liberación a sectores muy sensibles como la agricultura, que en Occidente sólo subsistía gracias a las ayudas públicas. Aun así, contaron con la adhesión de numerosos países en vías de desarrollo.

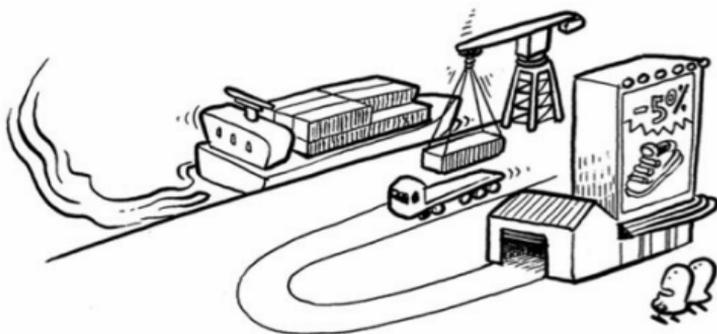
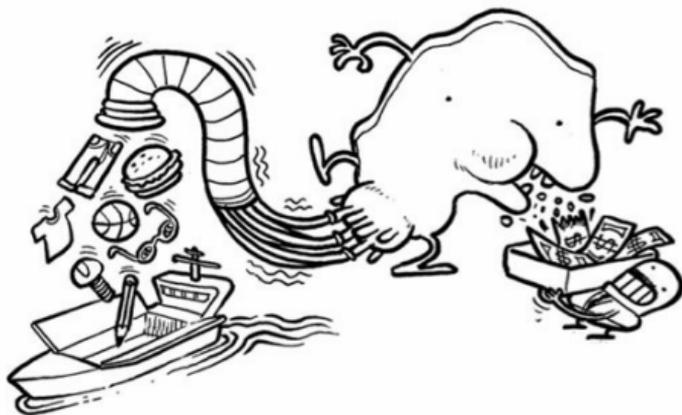
Tras décadas de gestión vampírica, la situación de muchos de ellos era tan desesperada que sus gobiernos debieron de pensar que la mejor forma de perpetuar su estatus era permitir la entrada de capital extranjero. Algo así como una transfusión de sangre para mantener viva su fuente de fluidos.



Fue entonces cuando recibieron una oleada de empresas occidentales ávidas de explotar sus recursos y su mano de obra mediante pequeñas inversiones extraordinariamente rentables con las que producir montones de productos baratos que luego se venderían en los mercados del Primer Mundo.



Un negocio redondo.





Desgraciadamente, este negocio trajo consigo una oleada de abusos y explotación laboral bastante terroríficos.

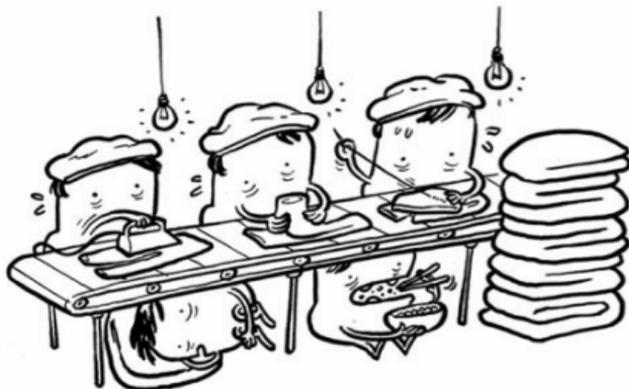


La periodista canadiense Naomi Klein se convirtió en una de las voces críticas más influyentes contra la globalización económica cuando en el año 2000 publicó un ensayo titulado *No logo* en el que relataba con todo detalle varios de estos abusos.

Klein denunciaba, por ejemplo, la multiplicación de las denominadas Zonas de Procesamiento de Exportaciones (ZPE) en países como China, Vietnam, Indonesia, México o Filipinas. Estas zonas, lejos de ser polígonos industriales al uso, eran en realidad campos de trabajo diseñados para seducir al inversor extranjero. Las fábricas que se situaban en su interior no pagaban prácticamente impuestos, ni estaban obligadas a cumplir las leyes más básicas de protección laboral. A menudo su perímetro aparecía blindado por el ejército con orden de reprimir cualquier conato de protesta de los trabajadores.







Éstos cobraban sueldos por debajo del nivel de subsistencia por jornadas laborales ininterrumpidas de 12 a 15 horas. No tenían derecho a vacaciones, a bajas por enfermedad ni a compensación por despido. Tampoco contaban con medidas de seguridad para trabajar con maquinaria pesada y les estaba terminantemente prohibido hacer huelga o sindicarse.

A este paraíso laboral había que añadir numerosos talleres urbanos que empleaban a niños a precio de saldo para la confección y ensamblaje de productos textiles de grandes marcas occidentales.



*Just do it.*



Otro abuso que desató la entrada de grandes empresas extranjeras fue el que se cometió contra el medio ambiente, aprovechando una ausencia de regulación que a menudo permitía una explotación agresiva y contaminante de minas, bosques y ríos.

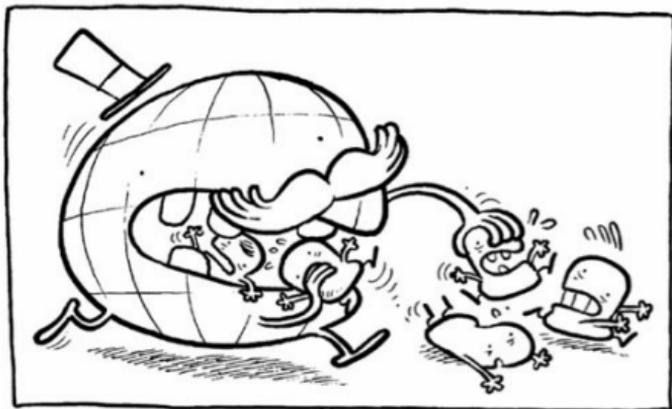


El desembarco del modelo económico occidental se completó con la llegada de poderosas marcas que desplegaron toda su artillería publicitaria con el ánimo de contagiar a la población de la misma fiebre consumista que imperaba en el Primer Mundo.





Visto lo visto, no es de extrañar que muchos consideraran la globalización como el peor castigo que había sufrido la humanidad desde las siete plagas de Egipto.



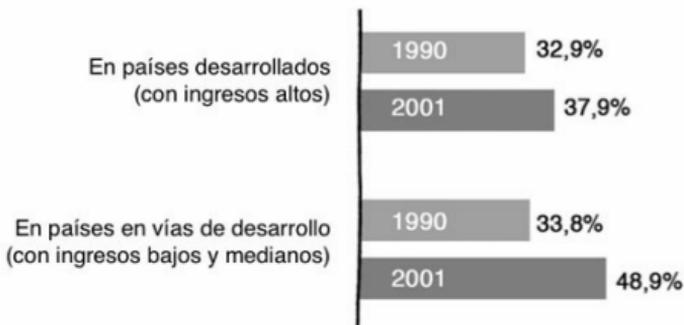
Sin embargo, aun aceptando la veracidad de los abusos cometidos en nombre del mercado libre, al relato le faltan elementos que completan la foto general de lo que realmente estaba pasando.

Achacar tal cantidad de procesos de cambio, sucedidos en países con realidades muy diversas, a un solo factor es, cuando menos, arriesgado.



En aquel momento, la globalización era el centro de un acalorado debate entre académicos que no tenían muy claro qué era y qué no.

Yo me limitaré a señalar algunos datos aportados por el BM que muestran dos hechos incontestables. En primer lugar, un incremento del intercambio de productos entre países, sobre todo en los más desfavorecidos, durante la década de los 90 (los datos reflejan la suma de exportaciones e importaciones de mercancías en relación con Producto Interior Bruto).



Y en segundo lugar, la multiplicación de las inversiones extranjeras tras la creación de la OMC (datos de la inversión total realizada por empresas de cualquier país para establecerse y operar en un país extranjero, expresados en dólares estadounidenses).





Estos datos muestran claramente la realidad de un planeta en el que estaban cayendo las fronteras comerciales y se acortaban las distancias.

Pero ¿realmente nos dirigiámos hacia una definitiva dominación global por parte de Occidente? ¿O, como algunos afirmaban, hacia una dictadura global de las élites empresariales occidentales?

¿Estaba el mundo condenado a convertirse en un insalubre patio trasero de Europa y América del Norte?

No exactamente. De hecho, el paso del tiempo le dio una perspectiva completamente distinta a todo este embolado. Pero no adelantemos acontecimientos. Me limitaré a daros dos pistas:



Torres Petronas



Fenicios



Antes de continuar permitidme hablar de otro sector sin el cual no se pueden comprender del todo las protestas generadas por el nuevo mercado global. Un colectivo que a finales de los 90 estuvo muy, pero que muy alterado: la clase obrera.



Pongámonos en situación:



Derechos de un trabajador francés en 1999:

- Sueldo por encima del mínimo legal.
- Sueldo sujeto a aumentos periódicos.
- Jornada laboral limitada, con descansos y compensación por horas extra.
- Derecho a contar con medidas de seguridad laboral en caso de trabajos peligrosos.
- Derecho a huelga y a sindicarse.
- Compensación por despido.
- Baja por enfermedad.
- Vacaciones.



Derechos de un trabajador taiwanés en 1999:

- Respirar.



Esto, junto a la creciente facilidad de las industrias para operar en cualquier lugar del planeta, provocó que, de repente, la clase obrera de Occidente estuviera compitiendo con trabajadores de países mucho más pobres.

Un nuevo escenario de todos contra todos dramáticamente descompensado.





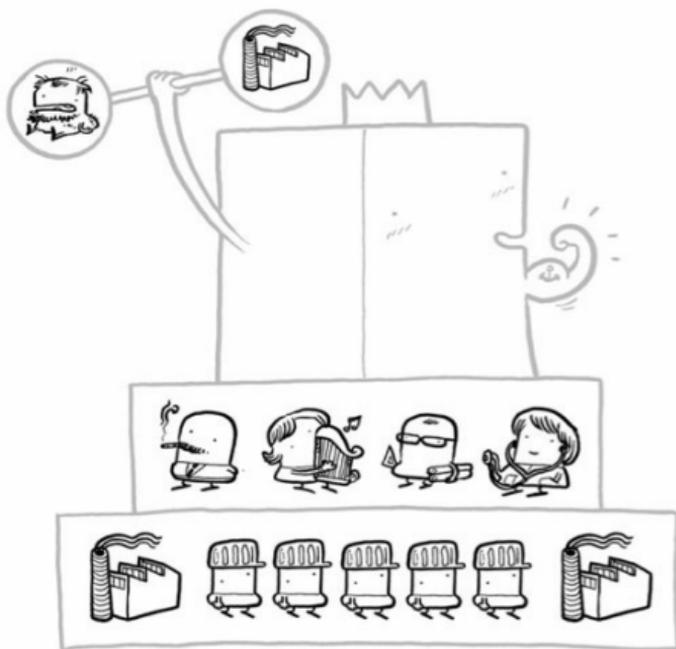
La clase obrera europea disfrutaba de unos derechos arduamente adquiridos a lo largo de doscientos años tras la Revolución Industrial. Derechos ganados palmo a palmo, negociación tras negociación, gracias a una acción coordinada de los trabajadores que supo sacar provecho de un factor decisivo: la dificultad de las industrias para salir de sus respectivos países.



Esta movilidad limitada permitió la creación de sindicatos a gran escala con miles de afiliados, capaces de desafiar a sus gobiernos y a la patronal con huelgas nacionales. Paralizar la producción fue siempre la mejor forma de golpear ahí donde más dolía (los ingresos de los empresarios y del estado) y así conseguir que se ampliaran los derechos laborales.







De esta manera, la clase trabajadora se convirtió en un actor decisivo en las políticas gubernamentales. La generalización de las mejoras salariales y del derecho a disfrutar de tiempo libre repercutió en el aumento de la natalidad, la esperanza de vida, el consumo y el ahorro. Los trabajadores habían conseguido no sólo impulsar su prosperidad económica, sino la de sus respectivos países.

Esa prosperidad fue la base del sólido modelo de estado que imperaba en Europa a finales del siglo xx, el Estado del bienestar. Un modelo que se encargaba de redistribuir la riqueza hacia la población más desfavorecida y que incluso se podía permitir ayudar o subsidiar a aquellos sectores menos rentables (agricultura, ganadería, cultura...) o sustentar sectores enteros (sanidad, educación...).



La clave de este círculo virtuoso estaba en contar con una mayoría de la población que aportaba más de lo que recibía del Estado. Una mayoría ni muy rica ni muy pobre, económicamente autosuficiente, conocida como clase media.



La clase media europea era un pilar fundamental, no ya del Estado del bienestar, sino también de la economía, pues era el colectivo que más bienes de consumo demandaba.

Las cadenas de venta supieron sacarle provecho convirtiendo el calendario en una consecución interminable de orgías consumistas.



Navidad,  
Fin de Año...



... vacaciones,  
fines de semana...

... cumpleaños, bautizos,  
comuniones, bodas,  
aniversarios de boda...



... rebajas de invierno,  
rebajas de primavera,  
rebajas de verano...



Así las cosas, cuando llegó la gran apertura de los mercados internacionales, la población se lanzó encantada a comprar productos procedentes de los países en vías de desarrollo.

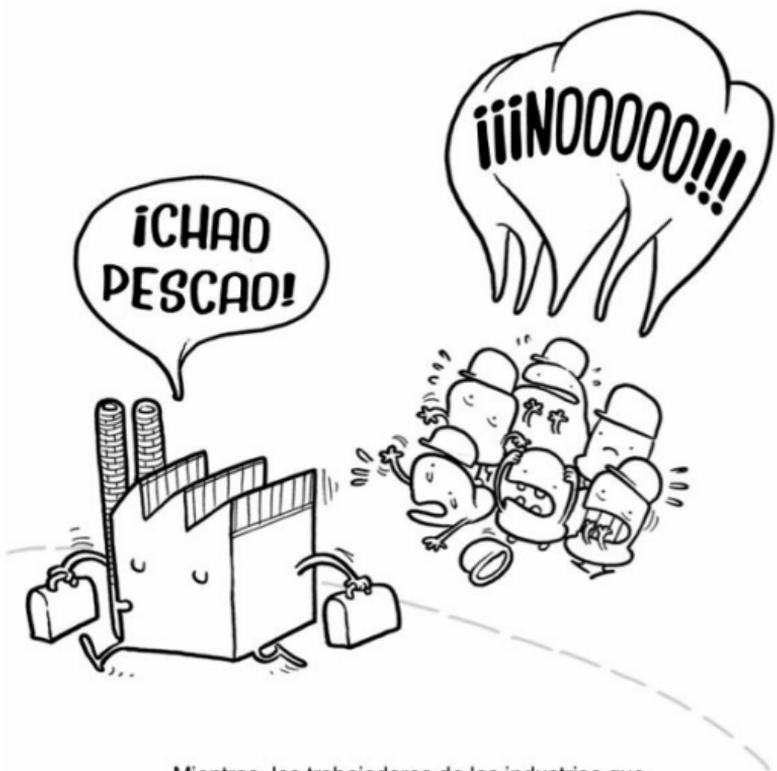


En ocasiones, sin siquiera saberlo...





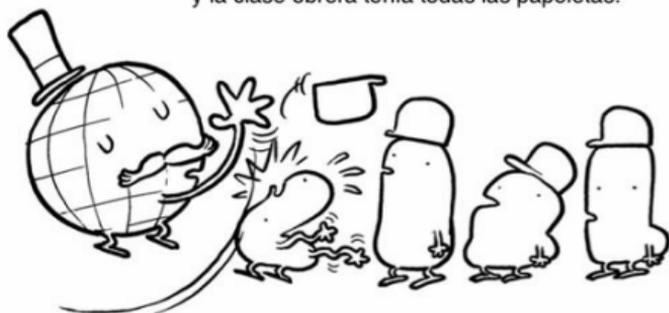
La entrada masiva de estos productos no tardó en sacudir la industria manufacturera europea, incapaz de competir con los bajos costes. Se inició así un lento goteo de deslocalizaciones de la producción hacia países más pobres.



Mientras, los trabajadores de las industrias que permanecieron en Europa vieron drásticamente reducida su capacidad de presión en las negociaciones laborales, bajo la amenaza de cierre y traslado.

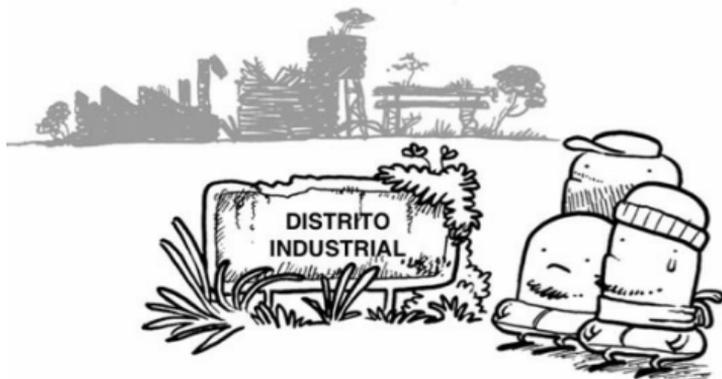


Vamos, que la globalización estaba rifando una hostia y la clase obrera tenía todas las papeletas.



Las normas de juego habían cambiado y al sector industrial europeo, como al estadounidense, le tocaba reestructurarse o morir.

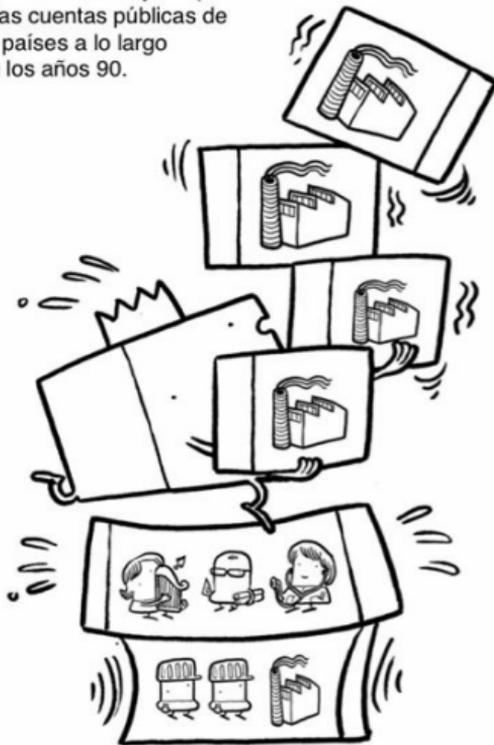
En algunos casos se pudo frenar la deslocalización gracias a la mejora de la productividad y a las ayudas y concesiones del Estado. En otros, la situación derivó en la ruina y la desaparición de sectores industriales enteros.





Pero la industria no fue el único sector sujeto a un cambio de reglas. El modelo europeo de estado, que durante décadas había progresado a la par que la clase trabajadora, ahora se estaba viendo arrastrado por sus problemas.

El aumento del paro y de las industrias deficitarias necesitadas de ayuda puso en aprietos las cuentas públicas de varios países a lo largo de los años 90.





Algunos sectores políticos opinaban que el triunfante Estado del bienestar europeo había llegado al límite de su capacidad de crecimiento y que ahora tocaba un severo régimen para poder sobrevivir en aquel mercado global plagado de estados-sílfide.

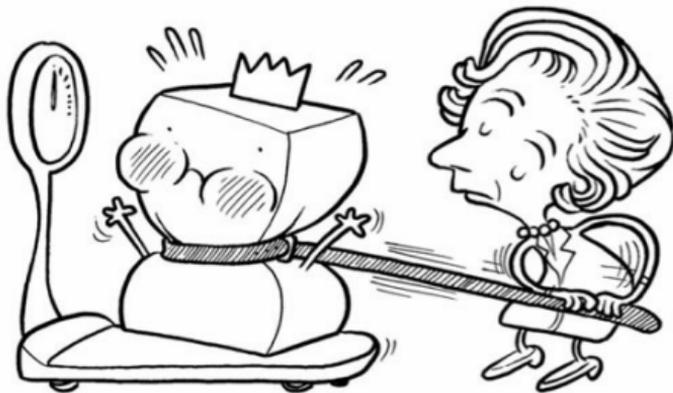




Parecía que la carrera por ganar competitividad y eficiencia ya no sólo afectara a las empresas sino también a los estados, que debían dejar de gastar más de lo que ingresaban (es decir, acabar con su déficit).

En este sentido había un país que llevaba años de ventaja al resto del continente: Reino Unido. Su Estado ya fue puesto en cintura drásticamente durante los años 80 bajo el mandato de Margaret Thatcher para superar una crisis anterior.

Aquel adelgazamiento consistió en un fuerte recorte del gasto público, la privatización de la mayor parte de los monopolios estatales (agua, gas, electricidad, ferrocarriles, minería...), la bajada de impuestos, la venta de patrimonio del Estado para hacer caja y la desregulación de diversos sectores económicos y financieros.

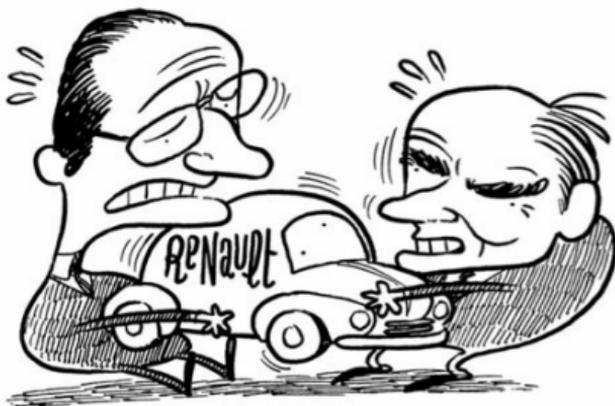


El resultado de estas medidas basculó entre el éxito (aumento de la productividad y del empleo) y el fracaso (desindustrialización generalizada, precarización del mercado de trabajo, empeoramiento del servicio de ferrocarriles...).



En el extremo contrario se encontraba Francia. El presidente socialista François Mitterrand, que empezó la década de los 80 nacionalizando industrias y bancos, subiendo el salario mínimo y las pensiones, aumentando el periodo de vacaciones y adelantando la edad de jubilación, acabó viéndose afectado por un preocupante aumento del desempleo y del déficit público.

Su popularidad se resintió y a partir 1986 tuvo que lidiar con sucesivas mayorías conservadoras en el Parlamento y con diversos primeros ministros de derechas, como Jacques Chirac, con el que se enfrentó por sus planes de privatización de empresas públicas.



Finalmente se impusieron los planes conservadores y el Estado galo acabó entrando en un proceso de reducción de gasto y venta de empresas públicas (como la compañía automovilística Renault) que se prolongó a lo largo de la década de los 90.



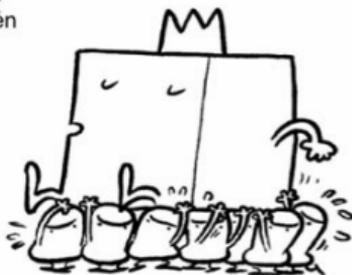
Los problemas de Mitterrand son un buen ejemplo de las dificultades a las que se enfrentaron muchos gobiernos socialdemócratas europeos para mantener intacto el tamaño del Estado. Algunos claudicaron en su empeño y otros fueron sustituidos por partidos conservadores y liberales que ejecutaron las privatizaciones y la reducción de gasto público sin reparos. Es decir, en las urnas la población acabó respaldando políticas que, a priori, parecen impopulares (reducción de subsidios y servicios públicos) quizá porque la clase media se había hartado de costear la mayor parte de los gastos del Estado.



La percepción general, como ahora, era que los ricos solían esquivar las subidas de impuestos gracias a sus redes de evasión y a los paraísos fiscales. El propio Mitterrand ya intentó aplicar un elevado impuesto a las grandes fortunas, sin mucho éxito.



Los europeos, a diferencia de muchos estadounidenses, seguían considerando las políticas públicas como el mejor método para redistribuir la riqueza. Pero la ciudadanía era cada vez más exigente y, a cambio de impuestos, pedía buenos servicios públicos pero también una economía nacional próspera.



Una economía sana y fuerte que generara riqueza y garantizara el empleo.





Sin embargo, no todos los gobiernos pudieron cumplir esta demanda y a lo largo de los años 90 la economía de diversos países pasó apuros para dar la talla.



No todos contaban con la potencia económica de Francia o Reino Unido. Y muchos tuvieron que recurrir a medidas más drásticas. Al fin y al cabo los estados continuaban poseyendo instituciones capaces de manipular la economía a gran escala para enderezar la situación, como los poderosos bancos centrales, que en algunos casos optaron por el viejo truco de devaluar la moneda.





La devaluación consiste en reducir por decreto el valor de la moneda respecto a las monedas extranjeras. Por ejemplo:

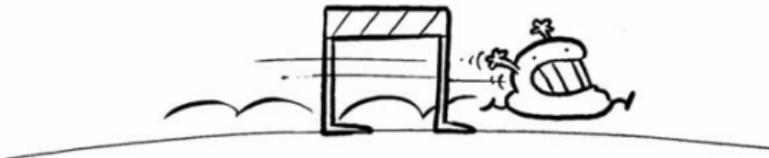


1 dólar = 4 jodidonio  
1 jodidonio = 0,25 dólares

Tras la devaluación:

1 dólar = 5 jodidonio  
1 jodidonio = 0,20 dólares

Esto permite que los productos y servicios realizados dentro del país pasen a ser más baratos para el mercado extranjero (un pepino jodidonio que antes costaba 0,25 ahora cuesta 0,20 dólares). El efecto es un aumento de las exportaciones, lo cual ayuda a reflotar la economía. Una pequeña trampa para pasar el listón de la competitividad mediante el precio, no la calidad.



El problema es que, por el mismo efecto, los productos importados suben de precio (siempre hay productos que un país no puede generar por sí mismo; toda Europa importa petróleo, por ejemplo).



Al final, de rebote, todo se acaba encareciendo (inflación) y la población ve cómo su sueldo y sus ahorros valen menos que antes. El resultado es un empobrecimiento general de los ciudadanos. Por eso muchos consideran las devaluaciones una bajada encubierta de los sueldos para hacer la economía más competitiva.



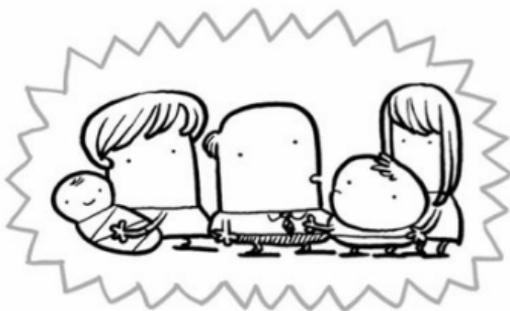
Otra de las medidas drásticas a las que recurren los bancos centrales es la expansión monetaria. Es decir, la emisión de dinero nuevo que ayude al Estado a pagar sus deudas y a financiar medidas de estímulo económico sin subir impuestos.

Pero si no se hace con mesura también puede generar una devaluación indirecta de la moneda e inflación.





Éstos fueron algunos de los ajustes que, en pos de la competitividad, sufrieron los ciudadanos de las economías más débiles. De nuevo, mientras las élites contaban con capital en el extranjero para esquivar las devaluaciones, las clases medias y bajas tuvieron que correr con la mayor parte del coste.

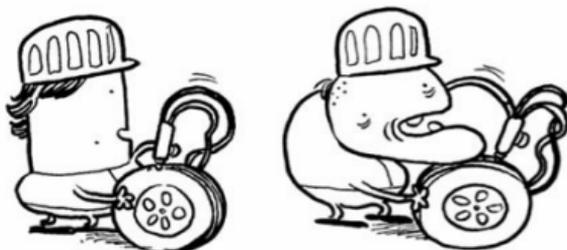


Aun así, a pesar de los baches y las crisis puntuales, la población europea se fue adaptando a los nuevos tiempos y poco a poco vio cómo la calidad de vida mejoraba en la mayor parte del territorio.

La progresiva apertura de mercados y la fiebre por la competitividad habían aumentado la variedad de productos y las ofertas de ocio y cultura. También se diversificaron las posibles salidas laborales en un sector de servicios en expansión (turismo, nuevas tecnologías, arte, medios de comunicación...).



Pero también hubo sacrificios: el sector industrial se redujo y sus empleos se precarizaron. Conservar un puesto de trabajo durante décadas o hasta la jubilación se hizo cada vez más difícil. Y en muchos sectores se generalizaron los contratos temporales.



Para la clase media eso significaba un futuro más incierto y unos empleos más sensibles a desaparecer ante el mínimo traspie económico. Montar un plan de vida a largo plazo pasó definitivamente a la historia.

Quizá por ello la estabilidad se convirtió en la nueva obsesión de muchos jóvenes en el mercado laboral, a la caza de contratos fijos o cargos vitalicios en la administración pública.





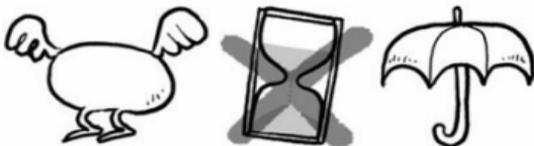
Os resumo las nuevas opciones que ofrecía el mercado laboral con una fórmula que me acabo de sacar de la manga y que, dicho sea de paso, tiene la misma base científica que el relato del diluvio universal.



Podías conseguir un contrato seguro durante mucho tiempo, pero lo más probable es que te anclara a unas responsabilidades con poca libertad de acción (funcionario).



También podías hacerte con un empleo que te otorgara libertad para desarrollar tus capacidades durante mucho tiempo pero a costa de una existencia precaria e imprevisible (autónomo).



Por último, podías disfrutar de un trabajo que te garantizara seguridad y margen de maniobra pero, desde luego, no te duraría mucho tiempo (contrato temporal).



Y así es más o menos  
cómo los europeos entraron  
en el siglo XXI. Con avances  
y retrocesos, con tropiezos y  
mejoras, pero indudablemente  
con una trayectoria  
en ascenso.





## TERCER IMPACTO

TERCER IMPACTO





Tras la irrupción del terrorismo en la agenda política y el clímax de las protestas contra la globalización, Europa cerró el año 2001 con un tercer episodio histórico.

A las 23.59 del 31 de diciembre, quince países abandonaron formalmente sus respectivas monedas nacionales para adoptar una moneda única. El euro, fruto de una larga gestación, representaba la apuesta más ambiciosa y el símbolo más tangible de la Unión Europea (UE), un proyecto colectivo que vivía entonces sus años dulces.



Con este paso adelante los estados mostraron su determinación para dar carpetazo a enfrentamientos y rivalidades, y abrir una nueva era de cooperación intergubernamental.



El continente cerraba así un milenio marcado por incontables guerras, saqueos, invasiones e interminables asedios. Un milenio, por otra parte, que también había sido testimonio del inesperado auge de Europa y la definitiva dominación mundial por parte de sus pueblos.

Recalco lo de «inesperado» porque, tal como os relataba en capítulos anteriores, los europeos habían iniciado el milenio desde su habitual posición rezagada, a remolque de los avances y descubrimientos de Asia y Oriente Medio e intentando emular su tecnología.



No obstante, todo cambió a finales de la Edad Media. Tras una larga etapa de despoblación, las ciudades europeas habían vuelto a crecer en densidad y bullicio, y poco a poco se conformaron como un nuevo escenario perfecto para el intercambio de productos e ideas, el enriquecimiento de una nueva élite de comerciantes y la multiplicación de los centros de estudio y pensamiento.

Con el paso del tiempo los estudios e inventos provenientes de Oriente (números indios, ciencia árabe, tecnología china) fueron ampliados y mejorados. Se extendió el uso de las gafas (multiplicando la capacidad de trabajo de los investigadores), el compás, el astrolabio y la brújula.



Pero sin duda, el invento que más revolucionó el continente fue la imprenta de Johannes Gutenberg.

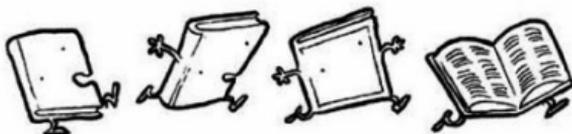


Aunque siglos atrás ya habían surgido técnicas similares en China, la imprenta de tipos móviles que perfeccionó Gutenberg fue tremendamente exitosa e impulsó la producción de libros impresos a un nivel nunca visto. El siguiente mapa muestra la rápida expansión de estas imprentas desde Maguncia y Estrasburgo hacia el resto de los centros urbanos en poco más de veinte años.





La anterior imagen es clave por dos motivos. En primer lugar nos muestra el grado de dinamismo e interconexión de las ciudades europeas. El *boom* de los libros impresos fue el espaldarazo definitivo para la difusión de nuevas corrientes de pensamiento que situaban la figura humana en el centro del debate filosófico (Humanismo) y planteaban la necesidad de entender la naturaleza intrínseca del cosmos. La formulación de nuevas preguntas permitió que la tecnología abandonara el método empírico de prueba-error (muy propio de China) y se impulsara sobre las bases de la investigación científica.



El mapa define, en segundo lugar, la consolidación de Europa Central como núcleo de dominio económico y tecnológico. Un epicentro que irradiará ideas y técnicas al resto del continente y, a la larga, al resto del mundo. Vaya, una especie de nuevo Creciente Fértil a escala global.







Paralelamente al auge europeo, Asia empezó a experimentar un estancamiento acusado. China, cuya población continuaba multiplicando por cuatro la de Europa, se encerró en sí misma, sometida por gobernantes absolutistas que acapararon la riqueza y frenaron el desarrollo científico y tecnológico.



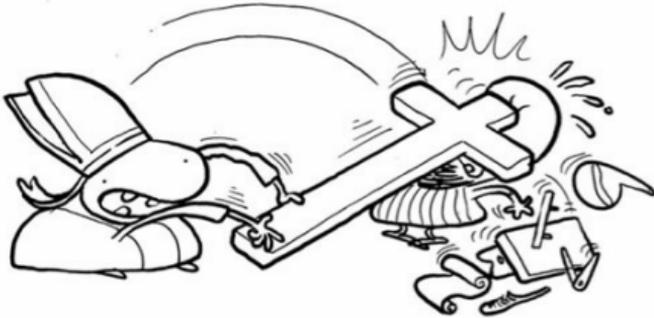
Oriente Medio, por su parte, entró en una etapa de fervor islámico de la mano de una oligarquía religiosa inmensamente influyente que castró cualquier idea o pensamiento científico que no encajara con los preceptos del Corán.

A su vez, la Europa Mediterránea, cuyo vínculo con Oriente le había brindado tantos siglos de progreso, empezó a perder su liderazgo en la carrera continental por el desarrollo. Grecia y el sur de Italia perdieron toda centralidad y se empobrecieron.

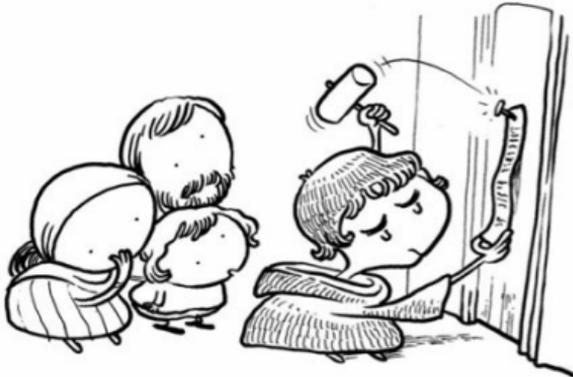
Y España y Portugal, tras expulsar a los musulmanes, abandonaron su dinamismo y optaron por vivir cómodamente de las rentas que les brindaban sus colonias americanas.



En todos estos casos la Iglesia desempeñó un papel determinante. Tras cubrir durante siglos la mayor parte de las necesidades de los europeos del sur, el clero contaba con el poder suficiente para demonizar la ciencia, juzgar por herejía y arrear con el crucifijo a todo Cristo... digo, a todo aquel que osara contradecir los mandatos de la fe cristiana.



En el norte, por el contrario, su menor dominio permitió la aparición de voces críticas con su pensamiento único. Voces como la de Martín Lutero, un monje alemán que denunció en numerosos textos las malas prácticas y la hipocresía extendida en la Iglesia, y que consiguió una difusión extraordinaria de sus ideas gracias al impulso de la imprenta.





La Iglesia no tardó en sufrir diversos cismas que ahondaron más la brecha abierta en Europa.



El norte se desvinculó de Roma, fundó el cristianismo protestante y avanzó hacia el pensamiento crítico, la curiosidad por la investigación, la ambición por inventar y la querencia por un estilo de vida práctico y pragmático.

El sur, en cambio, se enrocó en el fanatismo bajo la Iglesia católica de la Contrarreforma y dirigió sus pasos hacia la autoindulgencia, la búsqueda de la pureza, el desarrollo de las artes y la consolidación de una oligarquía eclesiástica y nobiliaria que se encargó de reprimir cualquier cambio social en ciernes.

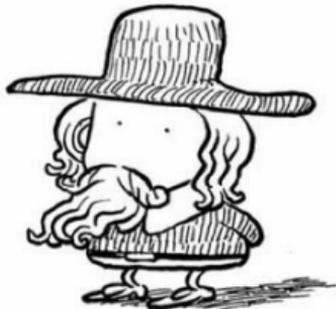




Fue entonces cuando empezó una era dorada para diversos pueblos del norte. Los primeros en tomar la delantera fueron los holandeses, al poco de independizarse de la Corona española (siglo XVI). Habitantes de un territorio pequeño y pantanoso, hicieron de la necesidad virtud y se lanzaron al mar a tender lazos comerciales con el extranjero. El extenso Imperio español les vetó la entrada a todos sus puertos, así que optaron por explorar nuevas tierras y fundar colonias en América, África, India e Indonesia.

Al cabo de un siglo contaban ya con una impresionante red de intercambio que enriqueció sus ciudades y convirtió Amsterdam en el principal puerto de Europa.

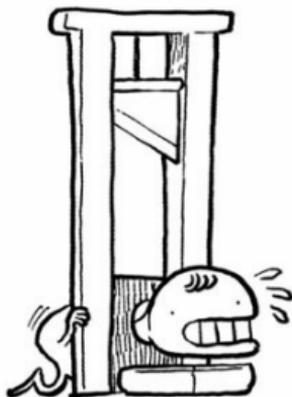
Los holandeses, con sus poderosas compañías transoceánicas y la bolsa de valores a tiempo completo más antigua del mundo, sentaron las bases de la actual economía de mercado y Holanda es considerado por muchos el primer país capitalista de la historia.





Francia, por su parte, nunca llegó a tener un poder marítimo hegemónico.

Quizá porque, desde la época de Carlomagno, se había concentrado en participar en todas y cada una de las disputas territoriales del continente, dedicando sus esfuerzos a levantar un ejército mayor que el de sus vecinos.



El poder francés se estructuraba en una monarquía absoluta y centralizada que, sin embargo, auspició un desarrollo de la ciencia y las artes sin parangón en Europa. Pero el gasto desbordado en guerras acabó poniendo al rey a merced de una incipiente burguesía adinerada, que no dudó en aliarse con las clases populares para derrocar a la monarquía y guillotinar de paso a toda la nobleza en 1789.

Francia alumbró una nueva concepción política de la sociedad basada en la igualdad y el fin de los privilegios de clase.

Aunque eso no fue impedimento para que intentara conquistar el resto del continente con Napoleón al mando, quien tenía la intención de reeditar la hegemonía del Antiguo Imperio Romano. Pero, de nuevo, fracasó.

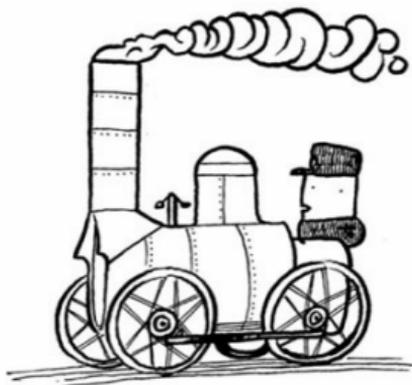




Reino Unido, marginado durante siglos por la hegemonía francesa, renunció desde muy temprano a imponer su voz en la Europa continental y enfocó su potencia económica y militar hacia sus dominios transoceánicos.



Al contrario que Francia, era un territorio con escasa riqueza agraria, algo que limitó el crecimiento de la población y fomentó sucesivas oleadas migratorias hacia las colonias. Pero todo cambió cuando el país, gracias a su liderazgo tecnológico, entró en la Revolución Industrial a finales del siglo XVIII, antes que ningún otro.

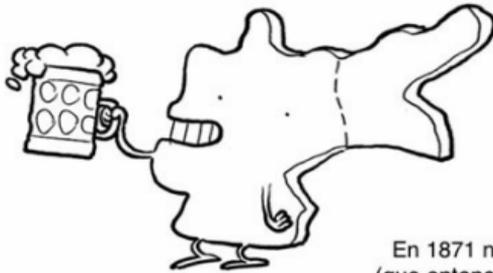


La nueva maquinaria agrícola, junto a los fertilizantes químicos, multiplicó la producción de los cultivos y el aumento de la población se derivó hacia la incipiente industria manufacturera y la explotación de los recursos mineros de la isla.

Reino Unido consiguió así superar sus desventajas y convertirse en la mayor potencia económica del siglo XIX en Europa.





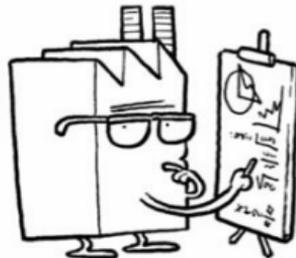


En 1871 nació el Imperio alemán (que entonces abarcaba un territorio mayor) fruto de la unión de todos los estados de ascendencia germánica excepto Austria. El nuevo estado, regido por un emperador con poderes limitados y con Otto Von Bismarck en el cargo de canciller, heredó el carácter recio y disciplinado de la anterior administración prusiana.



Su fuerte economía rivalizó un tiempo con la del Reino Unido por el liderazgo industrial en Europa. Ambas eran las principales potencias exportadoras del mundo, un hecho que daba una ventaja descomunal a sus economías.

Alemania no llegó a superar al Reino Unido en el mercado internacional, pero sí en el europeo. Y sus industrias ya mostraron entonces una mayor capacidad organizativa para adaptarse a los cambios, así como un mayor interés por invertir en investigación, sobre todo en las ramas de la electricidad, la química y los motores.

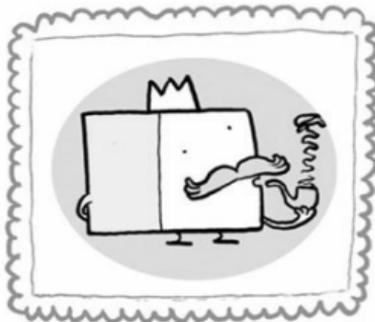




Esta fuerte apuesta por la investigación hizo de Alemania la mayor cantera de futuros premios Nobel de Química y Física del mundo. Y la tecnología alemana se convirtió en sinónimo de calidad y eficiencia.



Pero las aportaciones de este país a Europa no acabaron aquí. Durante sus veinte años de mandato Otto Von Bismarck se dedicó a implementar los programas sociales (pensiones para la vejez, seguros por accidentes, seguros de desempleo, programa sanitario) hasta levantar uno de los modelos de Estado del bienestar más antiguos del mundo, que a la larga fue ampliamente copiado dentro y fuera de las fronteras europeas.



Por último, la unificación germánica aupó su sistema bancario y facilitó la creación de más y mayores bancos, como el Deutsche Bank, que hicieron de Alemania una nueva potencia financiera a la altura de Francia y Reino Unido.



El liderazgo en numerosos campos de la joven nación germana no tardó en provocarle delirios de grandeza.

Y tras la muerte de Bismarck los siguientes gobiernos empezaron a elucubrar sobre una posible dominación militar de Europa mientras se labraban más y más enemistades entre sus vecinos.



Su agresiva actitud diplomática acabó consiguiendo lo impensable: que dos enemigos históricos como Francia y Reino Unido unieran fuerzas para alinearse en su contra.



A esta redistribución de afinidades y odios crecientes se sumaron el resto de las potencias europeas y extracontinentales. Se formaron así dos bandos que acabaron enzarzándose en la primera contienda bélica a escala global.

Los cuatro años que duró la Primera Guerra Mundial (1914-1918) dejaron Europa hecha una birria. Los pactos diplomáticos que la sucedieron condenaron a Alemania, en el bando perdedor, a pagar los costes de la guerra (132.000.000.000 de marcos, una deuda que se terminó de saldar, no sin múltiples quitas, en el año 2010).

Pero las ansias imperialistas de Alemania no desaparecieron, tan sólo quedaron adormecidas, cociéndose en un caldo de resentimiento que estalló cuando Hitler ascendió al poder y mandó invadir medio continente. Otra guerra mundial (1942-1945) que dejó a Alemania territorialmente mutilada, ocupada y repartida como un botín entre los vencedores, y al resto de Europa lamiéndose las heridas.

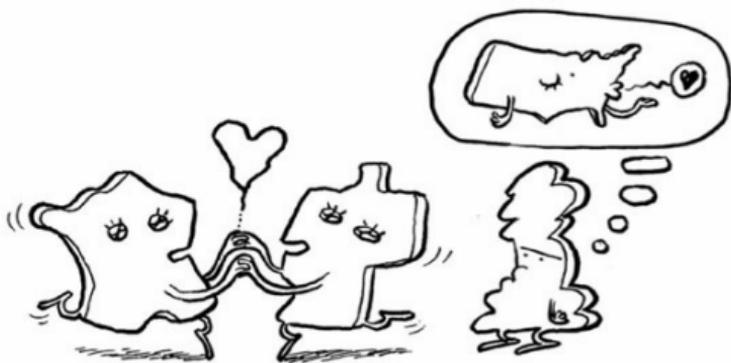




El trauma posbélico alimentó durante las siguientes décadas numerosos pactos de colaboración entre los estados con el fin de alejar para siempre el fantasma de la guerra, que se reveló nefasta para vencedores y vencidos.

En 1957 una renovada alianza entre Francia y Alemania (la parte que no estaba ocupada por la URSS) constituyó la Comunidad Económica Europea (CEE) junto a Italia, Luxemburgo, Italia y los Países Bajos.

La organización se destinó a fomentar la colaboración económica y la reducción de aranceles entre sus miembros. Un tímido comienzo de unidad que encontró en el comercio el sector perfecto para romper el hielo y estrechar lazos. Reino Unido se mantuvo prudentemente al margen, fiel a su histórico recelo hacia la Europa continental.



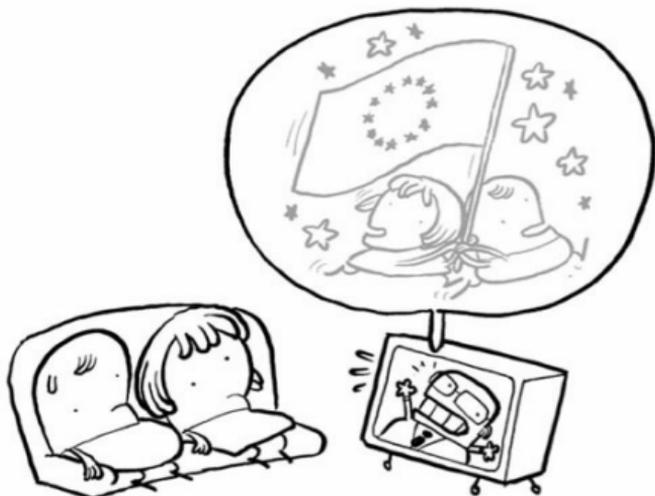
Pero el éxito de la CEE animó a los británicos a unirse en 1973, y tras ellos Grecia, Irlanda, Portugal y España. En los años 80 los presidentes de Francia y Alemania Occidental (Mitterrand y Kohl) se movilizaron para avanzar hacia una unión más fuerte y lideraron una ronda de negociaciones que culminó en el Tratado de Maastricht de 1992.



El Tratado de Maastricht heredó la estrategia de utilizar la unidad económica como locomotora de una posterior unidad política, y trazó un plan de ruta muy ambicioso que se desplegó en diversas etapas.

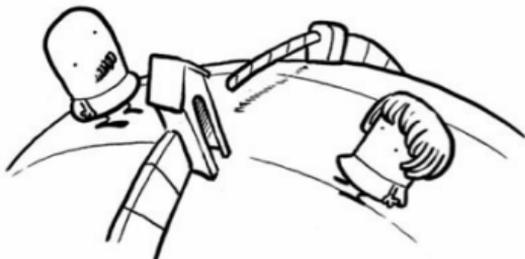
Por primera vez Europa se encaminaba pacíficamente hacia la unión. Sin bombas y sin ningún estado megalómano repartiendo guantazos imperialistas.

Pero se trataba de un proceso que había surgido de los despachos gubernamentales, no de la población. De arriba abajo. Así que los gobiernos tuvieron que desplegar toda su solemne palabrería para contagiar de europeísmo a una población cuyo mayor vínculo de unidad continental era la Liga de Campeones y un festival anual de canciones horteras.





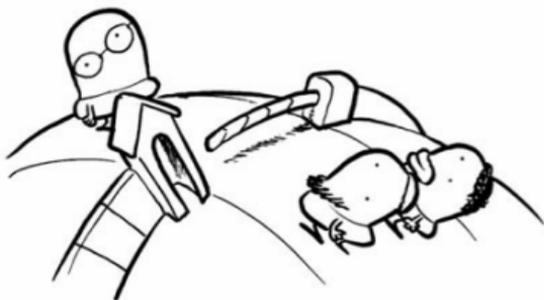
Finalmente el tratado fue ratificado en quince países por votación parlamentaria y/o sujeto a referéndum. Sólo los noruegos lo rechazaron. Los suizos ni siquiera se lo plantearon, encantados como estaban con su red bancaria insultantemente rica, libre de control extranjero y gran amiga de evasores fiscales.



Sin embargo, Noruega y Suiza sí se unieron al resto de los estados en un acuerdo paralelo (Acuerdo de Schengen) que en 1995 acabó con los controles fronterizos y permitió la libre circulación de personas y mercancías. La población por fin empezaba a percibir los beneficios de la unión. Excepto los holandeses, que sufrieron un alud de fumetas adictos al cannabis (es broma).







Curiosamente, al mismo tiempo que la Unión Europea derribaba sus barreras internas, sus miembros se coordinaron para endurecer las fronteras externas y aumentar el filtro de entrada a ciudadanos extracomunitarios (no así con las mercancías o el dinero extracomunitario: *bussiness is bussiness*).





Los acuerdos firmados en Maastricht definieron la estructura institucional que vertebraría la Unión Europea (UE) a partir de entonces. Una nueva administración comunitaria situada por encima de la de los estados, pero sin capacidad para intervenir en sus asuntos internos de forma deliberada. La UE no nació como un superestado o un gobierno federal.



Al contrario: los estados miembros se reservaron el derecho a influir en la agenda política de la UE gracias a numerosos mecanismos de veto. Sí, suena complicado. De hecho, todo el cuerpo político-administrativo de la UE es un galimatías fruto de unos acuerdos diseñados para contentar a todo el mundo.

Para empezar, la UE no recaudaba impuestos. Su presupuesto dependía de las aportaciones de sus integrantes (el equivalente al 1% del PIB de cada estado, más o menos), quienes pactaban cada siete años la cantidad total que debían transferir.





Por otra parte, el cuerpo institucional comunitario era un pifostio:



### CONSEJO EUROPEO

Formado por los jefes de Estado (presidentes o primeros ministros) de todos los países, reunidos en cumbres europeas periódicas para trazar los principales objetivos de la Unión Europea. Aun sin tener capacidad legislativa (redactado de leyes), esta institución garantizaba una plataforma para que los estados ejercieran su influencia en la toma de decisiones comunitaria.

### CONSEJO

El Consejo alojaba las reuniones de los ministros nacionales de cada ramo. Así, se celebraban reuniones periódicas del Consejo de Agricultura, el Consejo de Medio Ambiente, el Consejo de Economía (conocido como ECOFIN), etc.

### PARLAMENTO EUROPEO

El Parlamento era la única institución comunitaria sujeta a elecciones y estaba formado por partidos de ámbito europeo (una suma de partidos nacionales agrupados por ideología: socialdemócratas, democristianos...). Los parlamentarios se encargaban de aprobar leyes comunitarias y de administrar el presupuesto, siempre en conflicto directo con el Consejo, cuya aprobación, a menudo, era imprescindible. Es decir, los ministros nacionales que integraban el Consejo tenían una alta capacidad para vetar las iniciativas surgidas del Parlamento.

### COMISIÓN EUROPEA

Ejercía el papel de gobierno comunitario, encargado de aplicar las leyes, pero con un radio de acción muy limitado. Formado por un presidente (propuesto por el Consejo Europeo y votado en el Parlamento) y un Colegio de Comisarios (algo así como un Colegio de Ministros en versión comunitaria).



Esta intrincada estructura institucional, sometida al veto de los países miembros y obligada a grandes consensos para poder avanzar, condenaba a la UE a un rol ambiguo frente a los estados. ¿Quién tenía la última palabra? ¿Quién gobernaba a quién?

Fuera como fuese, esta tímida unión política continuó su andadura con el objetivo de ir ganando peso con el paso de los años.

Además, y de forma paralela, algunos de los estados de la UE (no todos) avanzaron en sus negociaciones hacia la unión monetaria. La adopción de una moneda común era uno de los antiguos sueños de los círculos europeístas, y sus defensores llevaban años enumerando sus ventajas: facilitar los negocios y el turismo entre países, acabar con los trámites y costes asociados al cambio de divisas, reducir la disparidad de precios de un mismo producto en distintos estados, otorgar a las economías nacionales más débiles una moneda fuerte... ¿Qué podía ir mal?

Así que en 1999 se constituyó oficialmente la Eurozona, formada por trece países (Grecia se uniría más tarde) cuyos bancos centrales cedieron las competencias en política monetaria al nuevo Banco Central Europeo (BCE).



El BCE ostentaría a partir de entonces un poder inmenso y una autonomía respecto a los estados mucho mayor que cualquier otra institución comunitaria.



Aunque también contaba con un reto considerable: diseñar políticas monetarias para un conjunto de economías nacionales muy distintas, con necesidades diversas e, incluso, contrapuestas.



En pocas palabras, la Eurozona nació como un auténtico monstruo de Frankenstein monetario, fruto de la unión de mercados económicos tan absolutamente dispares como Alemania o Grecia. Una aberración tal que solo podía ser fruto de una mente muy optimista o muy perversa.

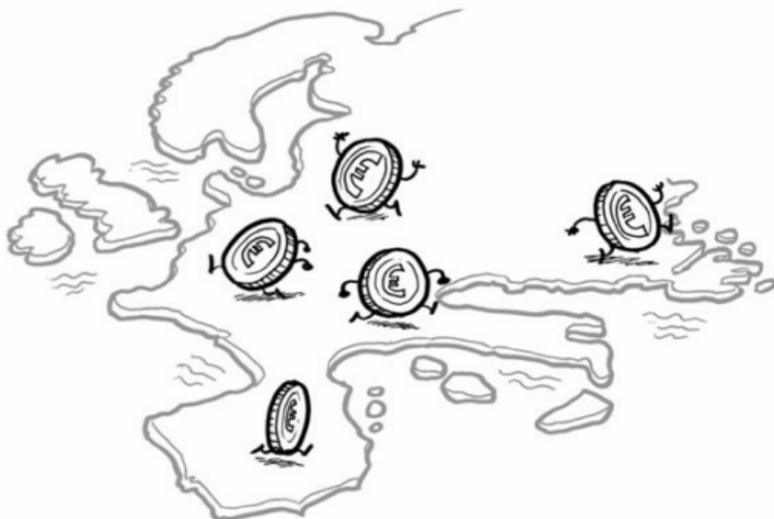




No faltaron voces agoreras que preconizaron un trágico destino para esta unión tan peculiar. Pero la voluntad política pudo más que un puñado de economistas mascullando conceptos macroeconómicos que no entendía ni su madre. Así que la Eurozona echó a andar.



Y la Nochevieja de 2001 a 2002 los cajeros automáticos de gran parte de Europa empezaron a dispensar por fin la nueva moneda, el euro.





A pesar del optimismo que propagó la llegada del euro, por aquel entonces la economía de muchos países arrastraba serios problemas asociados a la expansión del mercado libre. La carrera por la competitividad, como vimos antes, afectaba tanto a las empresas como a los estados, que hacían malabarismos para cuadrar sus cuentas.



La imparable globalización había ahuyentado a numerosas industrias, y había que echar una mano a las que aún permanecían en el país para ganar competitividad y aumentar el empleo.

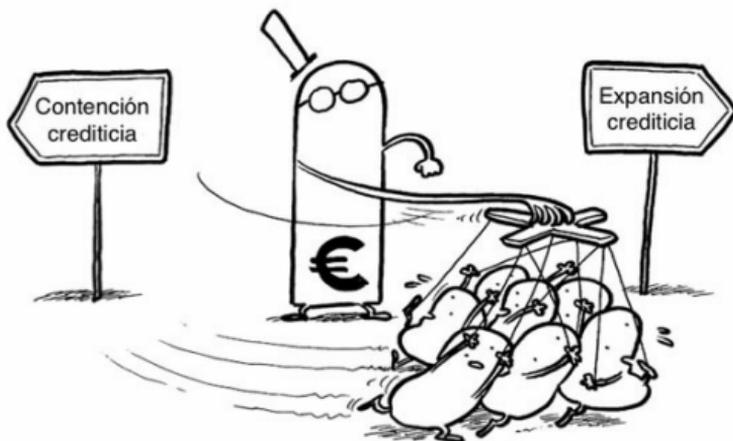
Todo ello sin disparar el gasto público ni subir demasiado los impuestos.

Cosa nada fácil.

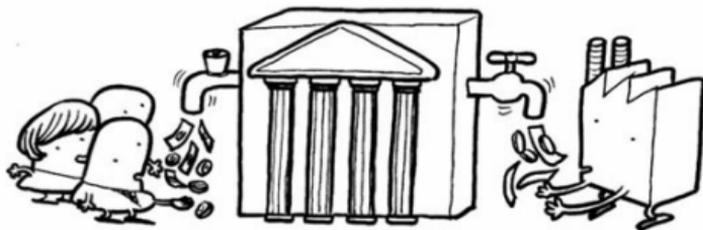




El BCE pasó entonces a la acción decretando una bajada drástica del tipo de interés del euro (es decir, una bajada del precio del dinero en el mercado financiero) hasta poco más del 3%. Acción que repitió en 2003 hasta dejarlo en un ridículo 2%.

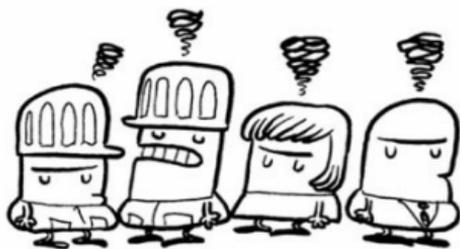


La medida iba enfocada a reducir los costes de financiación (es decir, que los créditos fueran más baratos) para que empresas y particulares disfrutaran de algo de liquidez para invertir o consumir, y así aliviar temporalmente la economía.





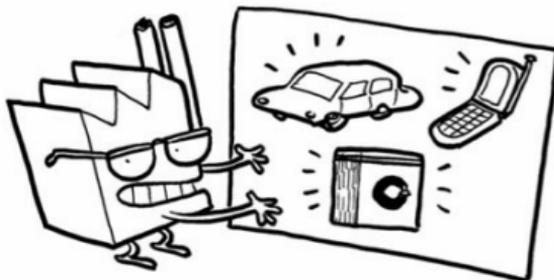
Este alivio momentáneo no fue desaprovechado en la parte de Europa con más apego por la innovación. Allí muchas industrias entraron en un largo proceso de reestructuración para ganar competitividad y aumentar sus exportaciones.



Sindicatos y empresarios pactaron, no sin polémica, algunas medidas para flexibilizar la contratación y reducir los sueldos a cambio de mantener intacta la plantilla de trabajadores.



Un buen número de empresas continuó apostando por la investigación, la innovación y el desarrollo de productos con alto valor añadido que pudieran competir en el mercado global en calidad, no en precio. Fue el caso, por ejemplo, de los gigantes industriales alemanes del sector de la química y el motor.



El estado alemán, asimismo, fue un ejemplo de contención de gasto y moderación de impuestos con el objetivo de incentivar la contratación de las empresas y erradicar el paro.

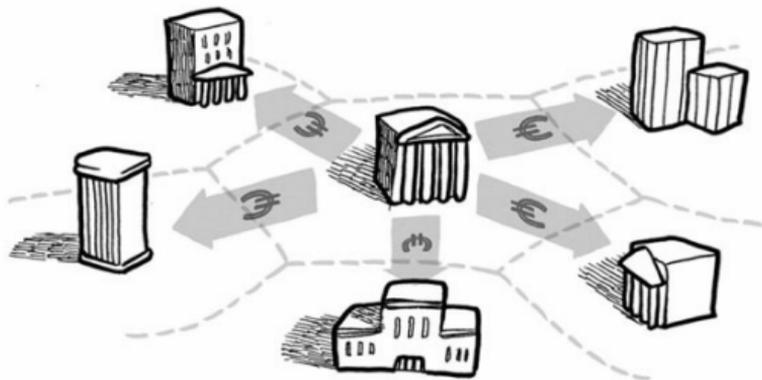






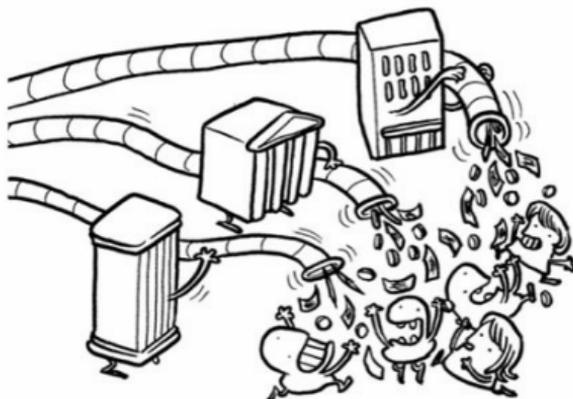
Los germanos, en general, estaban muy concienciados con la austeridad y el ahorro. De hecho, entre 2002 y 2009 llegaron a ahorrar 1,6 billones de euros. Los bancos alemanes, sobrados de capital, no tardaron en aprovechar el nuevo mercado interbancario que la Eurozona había abierto para hacer rendir sus fondos.

El nuevo escenario permitía, por primera vez, que bancos de distintos países se prestaran dinero. Así que los ahorros alemanes empezaron a fluir en grandes cantidades hacia el extranjero, sobre todo al sur de Europa.





Pero esa transferencia de fondos degeneró enseguida en una bacanal. Los bancos de los países receptores, donde el ahorro había sido históricamente escaso, enloquecieron con el acceso repentino a capital ilimitado e increíblemente barato por obra y gracia del BCE. Y varios estados de la periferia de Europa fueron inundados sin medida con créditos-ganga.



Un hecho que no habría entrañado mayor problema si todo ese capital se hubiera invertido en sectores productivos o en la mejora de la competitividad. Pero, desgraciadamente, en aquella parte de Europa tenían otros planes.







En España e Irlanda, por ejemplo, aquella transferencia de fondos vía crédito se destinó a hinchar dos monstruosas burbujas inmobiliarias de manual. A saber: aumento desaforado de la construcción, crecimiento sostenido del precio de la vivienda, sector inmobiliario tan rentable que concentra la mayor parte de la inversión privada, especulación desatada, multiplicación de las corruptelas...

En estos y otros estados, la repentina inyección de dinero también se destinó a la compra de productos extranjeros, y aumentaron las importaciones mientras que se descuidaban las exportaciones.







La situación provocó rápidamente un peligroso aumento de la deuda acumulada por parte de las familias, las empresas y los propios bancos receptores de fondos extranjeros.



La Eurozona iba camino del desastre: tanto para los bancos alemanes (y de otros países ahorradores), por prestar en exceso sin garantía de retorno, como para los bancos receptores, endeudados con el exterior a niveles estratosféricos.

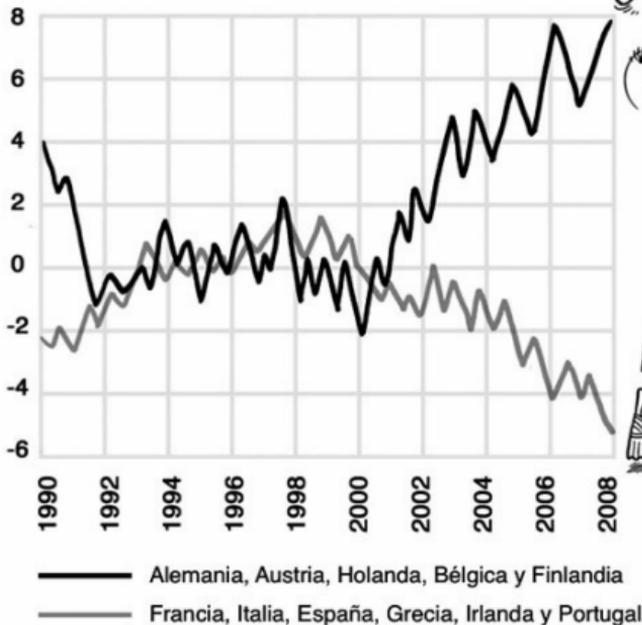


El abismo creciente entre los países del norte de la Eurozona, exportadores de productos y ahorro, y los países del sur, cada vez más endeudados con el exterior, queda reflejado en la balanza por cuenta corriente a partir de 2002, coincidiendo con la llegada del euro y la rebaja de los tipos de interés. La balanza por cuenta corriente muestra el ingreso neto de un estado, producto de sus transacciones con el extranjero, incluyendo comercio y rentas.

### BALANZA POR CUENTA CORRIENTE

Expresada en % del PIB

(fuente: Datastream, Natixis)

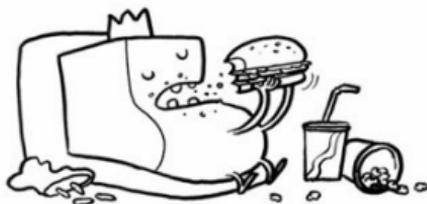






Curiosamente, nadie movió un dedo para frenar esta tendencia. Ni el BCE, responsable de la política monetaria, ni los distintos bancos centrales nacionales, encargados de supervisar los bancos de sus respectivos países para que no incurrieran en prácticas peligrosas.

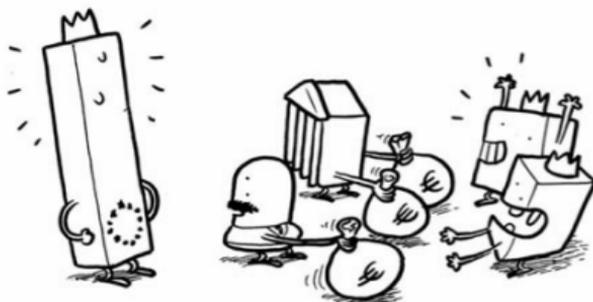
Tampoco la clase política. La burbuja crediticia había disparado la actividad económica y, con ello, los ingresos fiscales de muchos estados, que aprovecharon para engordar y multiplicar así el gasto público.



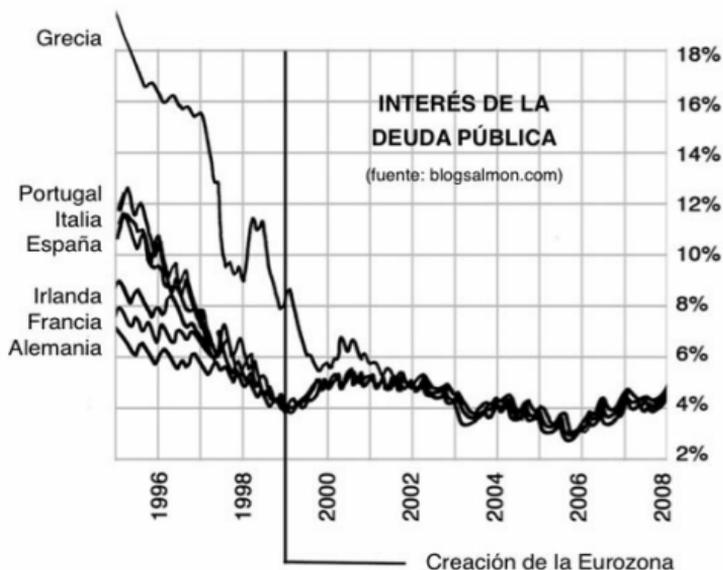
Un gasto público que a veces se invirtió de forma sensata y otras veces acabó financiando elefantes blancos (así es como se conoce en el mundo anglosajón a las obras megalómanas, caras y ostentosas pero poco útiles) como recurso para ganar votos.







Dicho gasto, en los casos más extremos, no se apoyó en una subida de impuestos sino en la deuda pública. La pertenencia a la UE otorgó a sus miembros una imagen de seriedad y garantía de cara a los inversores. Éstos confiaban en que, si algún estado incurría en impago, la UE respondería en última instancia. Así, los países que hasta entonces habían pagado intereses altísimos debido a su poca fiabilidad pasaron a colocar deuda a un precio ridículo.





La burbuja crediticia sumió a muchos países en una prosperidad que carecía de cimientos sólidos y provocó que muchos ciudadanos desarrollaran planes de futuro irrealmente optimistas. No fueron pocos los que se zambulleron en un alocado tren de vida.

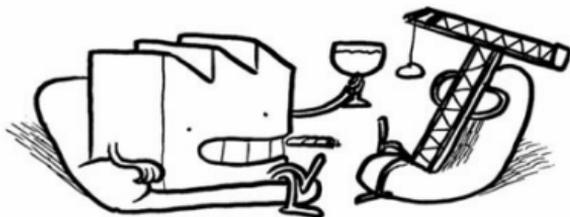


Pero no se debe generalizar. Hubo millones de personas en la periferia europea que mantuvieron una existencia sin lujos. De hecho, y aquí reside uno de los principales problemas, muchas familias de clase media creyeron ver en la compra de vivienda una apuesta conservadora por la seguridad a largo plazo. Más incluso que el ahorro.





Sin embargo, el efecto más perverso fue la multiplicación de los beneficios de muchas compañías nacionales que, en un contexto normal, no habrían sobrevivido por falta de eficiencia. Además, teniendo como tenían un mercado interno dopado y boyante, muy pocas apostaron por la exportación.



Este hecho aplazó peligrosamente la necesaria reestructuración de las empresas para ganar competitividad ante una globalización que ya estaba pegando duro. Pero mientras el crédito fluyó, los porrazos no fueron perceptibles.





La excesiva deuda asumida por empresas o estados del sur de Europa se encuadraba, como seguro recordaréis, en una ola de apalancamiento financiero que se extendió por todo Occidente durante la primera década del siglo XXI. Un fenómeno muy complejo, aupado por la avaricia y la temeridad de las entidades financieras, y tolerado por los bancos centrales y los organismos de regulación.

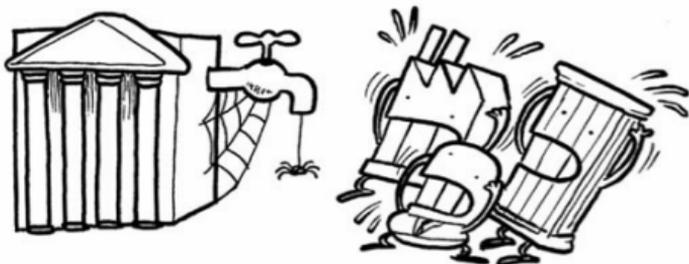


Una bomba de relojería que acabó estallando en septiembre de 2008, cuando el gobierno estadounidense se vio obligado a dejar que Lehman Brothers quebrara, un banco financiero con una deuda total incobrable de 613.000 millones de dólares (la mayor quiebra de la historia) que salpicó de mierda a medio planeta.





Esta quiebra descomunal degeneró en una cadena de impagos en el sistema financiero y sembró la desconfianza entre inversores y bancos de toda Europa, que de un día para otro cerraron el grifo del crédito por precaución.



El castillo de naipes en que se había apoyado la Eurozona empezó a derrumbarse. Y numerosos bancos, tanto deudores como acreedores, se despeñaron por el barranco de la insolvencia.



A muchos gobiernos la única opción que les quedó fue inyectar dinero público a los bancos más afectados para recapitalizar su sistema financiero y evitar que alguna quiebra arrastrara a toda la economía nacional.



En pocas palabras:  
cada estado limpió como  
pudo su propia mierda  
para continuar adelante  
con la máxima dignidad  
posible.



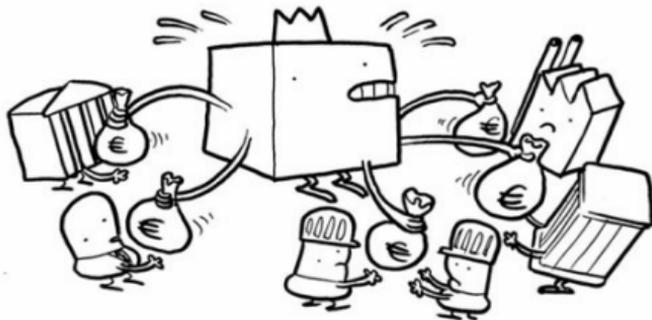


Sin embargo, para algunos países no fue tan fácil pasar página, especialmente para el sur de la Eurozona, donde se encontraron de pronto en la más cruda de las intemperies. El maná del crédito abundante había pasado a la historia y los dejaba desnudos ante un mercado global voraz.



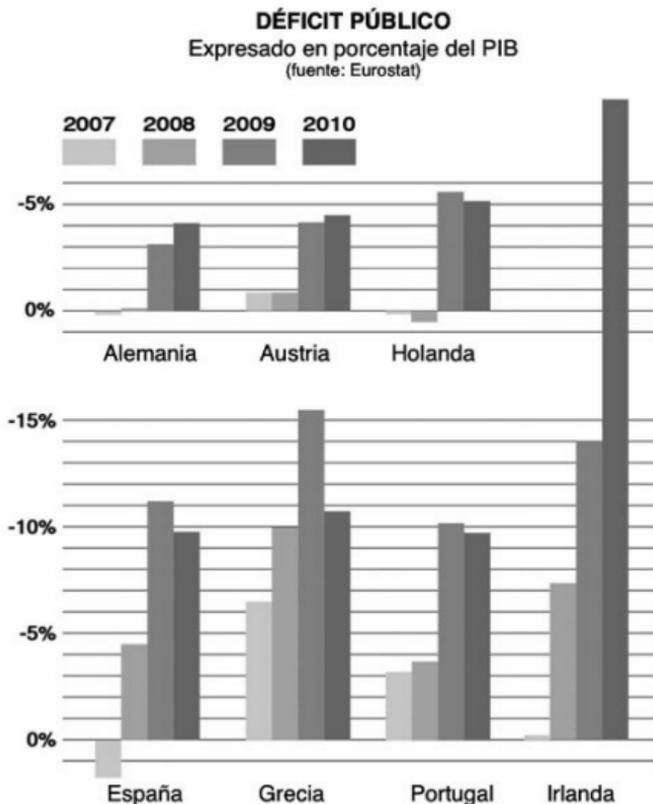
Muchos estados se tomaron la crisis post Lehman Brothers como una fiebre temporal. Pero con el paso del tiempo la situación se agravó hasta convertirse en una caída libre sin frenos: bancos sin liquidez, quiebra de empresas, aumento del paro, desplome del consumo interno, hundimiento de la actividad económica...

Más y más calamidades que redujeron paulatinamente la recaudación por impuestos mientras que los gastos del estado se disparaban.





En el siguiente gráfico podéis ver claramente cómo el aumento del gasto público por encima de los ingresos (es decir, el déficit) fue mucho más grave en estos países que en los del norte.



Un par de comentarios al respecto:

- Irlanda está en el norte, pero se considera parte del «sur económico». Por otro lado, su dato de 2010 queda distorsionado por el rescate.
- Los estados mediterráneos tienen la vieja costumbre folclórica de maquillar sus datos macroeconómicos. Así que es probable que en algunos casos el déficit fuera mayor.



Los problemas del sur de la Eurozona eran diversos y dependían de las particularidades de cada país, así que resultaría largo extenderse en detalles. Por eso os presento una tabla rumbosa y rumbera que os ayudará a haceros una idea del europercal.

	Sistema bancario en problemas	Déficit público excesivo	Deuda pública excesiva
GRECIA		X	X
IRLANDA	X		
PORTUGAL	X	X	X
ESPAÑA	X	X	
ITALIA			X
FRANCIA		X	



**INTERÉS DE LA DEUDA PÚBLICA**  
(fuente: blogsalmon.com)



Fue bonito mientras duró el trato igualitario hacia toda la Eurozona, pero el hechizo se había esfumado. El *crash* de 2008 y los problemas derivados arruinaron la imagen de muchos estados a ojos de los inversores. Cuanto más incobrable parecía su deuda pública, más intereses debía pagar en el mercado financiero, con el peligro de entrar en una espiral de endeudamiento infinita. Grecia, en este aspecto, se llevaba la palma. Y su caso acabó convirtiéndose en el talón de Aquiles de toda la UE.





El caso griego, al ser el primero en mostrar síntomas alarmantes, dejó patente las limitaciones de la UE para actuar con rapidez y eficacia.

Si la UE hubiera sido un estado federal y Grecia una de sus regiones, la primera se habría hecho cargo de las deudas de la segunda. Es más, la simple evidencia de que eso fuera a ocurrir habría reducido los intereses de la deuda griega antes incluso de llevarse a cabo, ya que habría disipado la desconfianza de los inversores. Pero ni la UE era un superestado, ni tenía competencias para asumir la deuda griega.



*Primer EuroFail.*

Por otro lado, si el BCE hubiera desempeñado el mismo rol que cualquier otro banco central (como el de Reino Unido, Japón o EE.UU.), no habría dudado en comprar deuda pública griega a un interés reducido para darle alivio temporalmente.

Pero (¡oh, casualidad!) los estatutos del BCE no le permitían comprar deuda de los estados miembro.

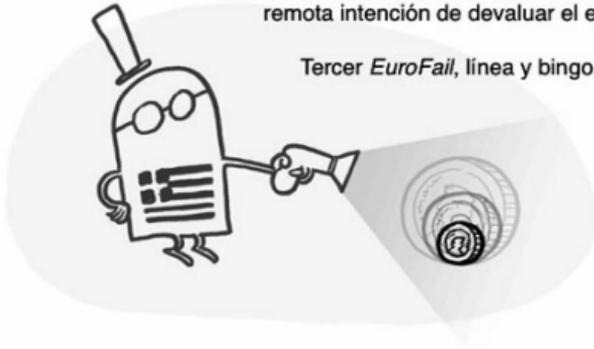


*Segundo EuroFail.*



Por último, si el país conservara aún su moneda nacional, el Banco Central griego habría recurrido a la clásica devaluación para aumentar las exportaciones y empezar a levantar cabeza. Pero, para su desgracia, toda la política monetaria pertenecía ahora al BCE, que no tenía la más remota intención de devaluar el euro.

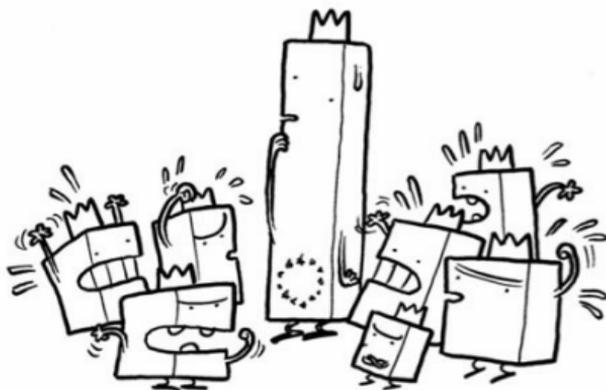
Tercer *EuroFail*, línea y bingo.



La nación helena había sido víctima de la trampa del euro. Pero también víctima de sí misma, si atendemos a investigaciones posteriores que revelaron cómo su gobierno falseó la contabilidad en 1999 para forzar su entrada en la Eurozona. Fuera como fuese, se encontraba en una espiral de endeudamiento y, si nadie la ayudaba, podía acabar en suspensión de pagos o impagando sus deudas.







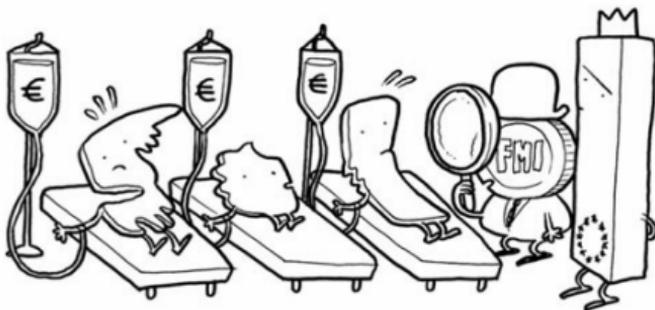
La alarma se extendió por Europa. Si Grecia impagaba la deuda, sus acreedores (en gran parte bancos alemanes) podrían verse arrastrados hacia la insolvencia o, incluso, la quiebra. ¡Alguien tenía que hacer algo! Por lo pronto, se armó un gran barullo en los círculos de la UE, donde los estados volvieron a rivalizar para imponer su criterio a las instituciones comunitarias. Pero, en lo que respecta a imponer criterios, nadie hacía sombra a la poderosa Alemania (por algo era la que aportaba más fondos al presupuesto de la UE y al BCE) y a su impasible canciller, Angela Merkel.





Angela Merkel se opuso inicialmente a que la UE desembolsara el dinero para financiar un rescate a Grecia, y no se avino a emitir deuda conjunta continental (Eurobonos), que habría pagado menos intereses al tener más fiabilidad, para luego financiar a los griegos.

Finalmente, tras la presión de Francia y otros estados, se acordó un rescate condicional que consistió en la entrega periódica de dinero (financiado por la UE y el FMI) para que Jodidon... digo... Grecia fuera pagando sus deudas, pero se trataría de un préstamo a devolver a largo plazo y bajo el estricto compromiso de reducir su déficit y cuadrar sus cuentas. Esta fórmula se aplicó también a Irlanda y Portugal cuando, al cabo de poco, cayeron presas de la misma espiral de deuda.



La canciller alemana consideraba que una simple inyección de dinero sólo aplazaba el problema. Para ella, no se trataba de una crisis de deuda puntual, sino de un conflicto generado por las erróneas políticas económicas de los estados del sur, que no apostaban por la competitividad, el ahorro y las exportaciones. Merkel pretendía forzarlos a reestructurarse a cambio del rescate. En pocas palabras, quería germanizar (o «angelamerkizar») el sur.





De esta forma, usando el rescate como medida de presión (alguien dijo «chantaje»), se forzó a los países rebeldes a reducir su déficit y a adelgazar sus aparatos estatales.

Pero no era tarea fácil.

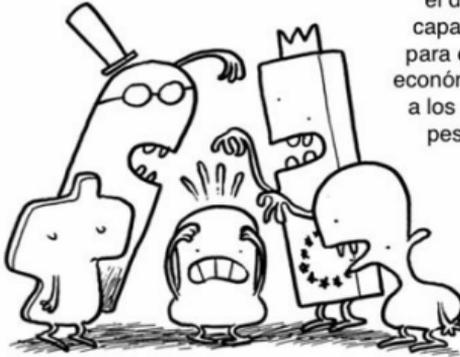
Merkel pretendía que aquellos estados abordan de golpe unas reformas que a la propia Alemania le habían costado años, cuando no décadas, de duro trabajo. No se podía cambiar la tradición política de una nación de un día para otro. Y más cuando ésta se asentaba en el dominio absoluto de unas élites políticas torpes y corruptas cuya principal preocupación era no perder sus privilegios mientras durara la crisis.



Al final, la principal víctima de este choque de mentalidades acabó siendo la población. Las élites políticas meridionales accedieron a regañadientes a aplicar recortes presupuestarios, pero éstos se llevaron a cabo de forma caótica e injusta, sin respetar la sanidad ni la educación. De forma paralela se subieron los impuestos, pero sin unas directrices claras dirigidas a recuperar el crecimiento económico y dejando las reformas a medio hacer, para no afectar el statu quo político-económico.



La obsesión por reducir el déficit público y la nula capacidad de los gobiernos para estimular el crecimiento económico estaba condenando a los europeos del sur a una pesadilla que no parecía tener fin.



Y mientras las élites se afanaban en arrebatar con lo poco que quedaba de presupuesto público para rescatar a bancos y empresas ineficientes, la clase media se empobrecía más y más.



El diseño de la Eurozona había acabado tragándose a sus propios contribuyentes.



Europa entera había entrado en una crisis con demasiados frentes abiertos. Una crisis que aún hoy continúa desgarrando las costuras de un proyecto de unidad que pecó de ingenuo pero que sigue adelante con el reto de reconciliar sus dos almas.



Una: reflexiva, práctica y previsora, cansada de contribuir con su dinero pero beneficiada por encontrarse al mando. La otra: temperamental, desprendida y apasionada, harta de seguir órdenes ajenas pero consciente de su incapacidad para sobrevivir sola.

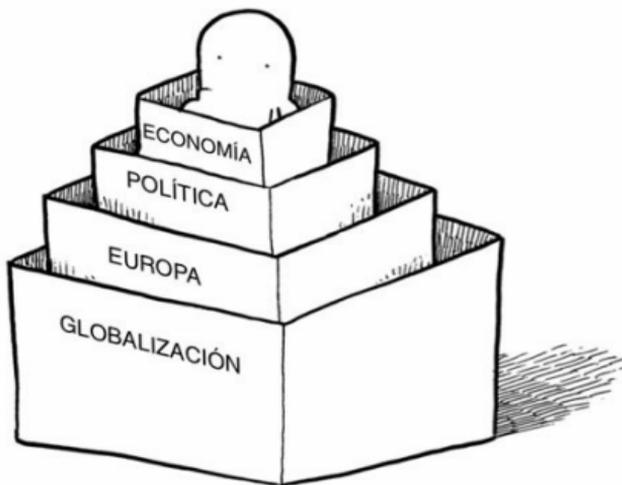


Pero más allá del proyecto europeo,  
la pregunta que se hace la población es  
¿hasta cuándo durará la recesión?  
¿Recuperaremos algún día los estándares  
de vida de la década anterior?

Bien, es complicado saberlo.

La raíz del problema que nos afecta es  
indudablemente económica, pero se inserta  
en un conflicto político de adaptación a los  
nuevos tiempos, que a su vez se encaja  
en un proceso de transformación a escala  
continental, que en última instancia sufre  
el embate de una globalización imparable.

Y ahora dejadme que respire  
tras esta frase tan larga...





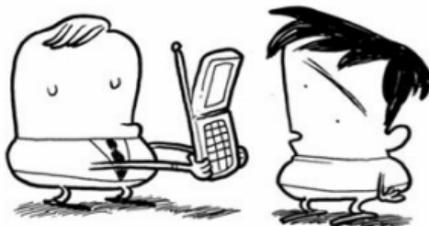
En el fondo, aunque se diría que no existe relación aparente, la globalización es la responsable última de los cambios que están sufriendo nuestros esquemas de vida. La consolidación del mercado global, el mismo que inició Occidente, es responsable de la obsesión por la competitividad empresarial y la exigencia de mayor eficiencia en las cuentas públicas. También es la causa del contagio de las crisis entre países cada vez más interconectados y el motivo por el que los estados europeos buscan unir sus fuerzas.

Nadie lo habría asegurado hace unos años, pero Occidente ya no controla en solitario el liderazgo mundial. Entramos en una época en la que el mercado económico será el principal campo de batalla. Y Asia, con su músculo empresarial, pide paso para recuperar su hegemonía.





Sí. La misma Asia que había sido explotada para fabricar nuestros artilugios, ahora es capaz de competir de igual a igual con la tecnología occidental, con sus propios diseños y en sus propias industrias. Hace diez años el planeta entero utilizaba móviles de marca europea (Nokia). Hoy, en 2013, la compañía que vende más *smartphones* en el mundo es coreana (Samsung).



La transferencia de tecnología y estilos de vida de una cultura a otra es tan antigua como la humanidad, y permite un ciclo inacabable de hegemonías y decadencias en el que las civilizaciones se van turnando periódicamente. Los europeos empezamos tomando prestadas la técnica y las costumbres de Oriente, progresamos y siglos más tarde acabamos dominando el mundo.



¿Ha llegado ahora el turno de Oriente? Quién lo sabe.



Hay una faceta del desarrollo humano que guarda un paralelismo fascinante con la lucha por la hegemonía mundial: la arquitectura.

La civilización europea empezó su andadura a rebufo del Creciente Fértil. Pero tras siglos de lenta mejora, entró en una época dorada a finales de la Edad Media, poco después de construir el primer edificio de la historia que superaba en altura a la Gran pirámide de Guiza.



Gran pirámide de Guiza  
(Egipto, 2570 a.C.)

Catedral de Lincoln  
(Inglaterra, 1311)



Mientras Europa dominó el mundo en solitario, los sucesivos edificios que rebasaron en altura a los anteriores fueron europeos. Hasta que EE.UU. arrebató el primer puesto a la catedral de Colonia con su Monumento a Washington justo cuando los estadounidenses empezaban a disputar el dominio mundial a Europa. La Torre Eiffel fue la última construcción europea que ostentó el liderazgo en metros. El siglo xx consolidó al fin el reinado absoluto de EE.UU., tanto en lo político y lo económico como en la liga de mayores edificios.



Catedral de Colonia  
(Alemania, 1880)

Monumento a  
Washington  
(EE.UU., 1884)

Torre Eiffel  
(Francia, 1889)



Pero en 1998 se inauguraron las Torres Petronas en Kuala Lumpur. Por primera vez en siglos el edificio más alto del mundo ya no se encontraba en Occidente. Y todos los rascacielos que las han superado desde entonces se han levantado en Asia.

Querido Oriente:  
¿Es eso una indirecta?



Empire State Building  
(EE.UU., 1931)



Torres Petronas  
(Malasia, 1998)



Burj Khalifa  
(Emiratos Árabes, 2010)



Recientemente el diario *The New York Times* publicó una crónica que resumía a la perfección la nueva deriva del mercado global.

El puerto del Pireo, en Atenas, cuenta con dos muelles. El muelle 1 lo gestiona una empresa pública. Su actividad ha ido a la baja, pero hasta hace poco, gracias a las conquistas sindicales, sus trabajadores podían llegar a cobrar, incluyendo horas extras, 140.000 euros al año.



En el muelle 2 los trabajadores no cobran más de 18.000 euros al año y muchos cuentan con contratos temporales. Para accionar una grúa, que en el muelle de al lado suele necesitar nueve operarios, aquí bastan cuatro. Son griegos, pero trabajan para una empresa estatal china llamada Cosco que llegó a un acuerdo con el gobierno de Grecia para arrendar el muelle en 2010. Desde que llegó la compañía, un gigante del transporte marítimo, se ha conseguido triplicar el volumen de mercancías.



La llegada de esta empresa al Pireo es sólo el primer paso de un plan mucho más ambicioso del gobierno chino, que está invirtiendo su propio dinero para ampliar las instalaciones del puerto y contar con una puerta de entrada a Europa para sus mercancías. A la larga planean convertirlo en el mayor puerto del continente, superando al de Róterdam (Holanda).

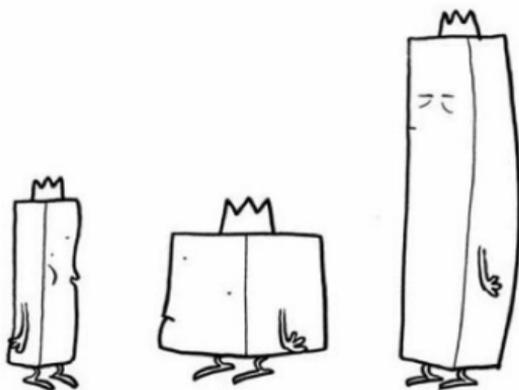


Tan sólo se trata de otro caso más en el que una potencia económica invierte dinero en un país rescatado por el FMI y contrata en precario a su población. Lo que nadie hubiera esperado hace años es que el primero fuera China y el segundo un país de la Eurozona.



La duda que me atañe, ante este escenario de competitividad desaforada, es si podrá sobrevivir el modelo de estado del que tan orgullosos estábamos los europeos.

Entre la libertad y la desprotección del modelo estadounidense, y el intervencionismo autoritario del estado chino..., ¿hay cabida para una Europa con amplias libertades y abundante gasto social?  
¿O nuestro Estado del bienestar sucumbirá ante las exigencias del mercado global?





Angela Merkel es consciente de esta encrucijada. Y parece que se ha autoimpuesto la tarea de reconducir a toda Europa hacia la senda que marca Alemania. Durante los últimos años no se ha cansado de recordar lo siguiente:

EN LA UNIÓN EUROPEA  
TENEMOS EL 9% DE LA POBLACIÓN  
MUNDIAL, EL 25% DEL PIB GLOBAL  
Y EL 50% DEL GASTO SOCIAL  
DE TODO EL MUNDO.



La canciller cree que nuestra situación es privilegiada, y que sólo se podrá mantener con mucho esfuerzo y trabajo duro. El tiempo dirá si tiene razón. Lo que está claro es que pasará a la historia como uno de los personajes clave para entender nuestra época y los conflictos que estamos viviendo. Como dice un amigo mío, el historiador Alberto Reche:

«Cada vez que Alemania se ha propuesto ejercer el liderazgo político, Europa ha temblado.»





ALEIX SALÓ (Barcelona, 1983), publicó en 2009 su primer libro, *Fills dels 80: la generació Bombolla*. Ese mismo año inauguró su primera exposición en Barcelona, *CervezaBierAmigo*, y en marzo de 2010 expuso en Madrid *Madrilona*, una muestra sobre la siempre explotada relación entre Madrid y Barcelona, vista desde la sátira. Ha publicado viñetas de actualidad en diversas publicaciones (*Revista de Ripollet, Més Sabadell, Avui, Directe.cat, El Jueves, ADN, Público*). Su segundo libro, *Españistán: este país se va a la mierda* (2011) fue un revolucionario éxito de ventas. Aleix Saló también ha destacado por sus trabajos de animación: *Ratzinger Z* (sobre la visita del Papa a Barcelona), el vídeo promocional de *Españistán* (con millones de visitas en su canal de Youtube) y su participación en el documental *Hijos de las nubes, la última colonia*, de Javier Bardem y Álvaro Longoria. Su libro más reciente es *Europesadilla: alguien se ha comido a la clase media* (2013).

Cuando la clase media protagoniza  
una peli de terror, Europa tiembla.

Cuando Europa dirige una peli  
de terror, la clase media tiembla.



¿Sabemos identificar nuestros miedos más ancestrales?  
¿Dónde están los monstruos que quieren chuparnos la sangre?  
Y lo peor de todo... ¿qué demonios significa ser europeos?

*Aleix Saló* amplía su punto de mira y nos lleva de safari por la  
Unión Europea, un territorio salvaje e indómito en el que  
ni Dios sabe por dónde van los tiros.

PVP 9,95 €

ISBN 978-84-9032-359-5



9 788490 323595

ILUSTRACIÓN Y DISEÑO: © ALEIX SALÓ

[www.aleixsaló.com](http://www.aleixsaló.com)

[www.megustaleerdebolsillo.com](http://www.megustaleerdebolsillo.com)